

cioran

Silogismos de la amargura



Lectulandia

Silogismos de la amargura, segundo libro de E. M. Cioran publicado en Francia, en 1952, es uno de los títulos fundamentales de la obra de este pensador apátrida, nacido en Rumanía en 1911, demolidor de ideas preconcebidas. En él están presentes sus temas de reflexión predilectos: el tiempo y la historia, los abismos del alma y el vacío, el arte, la religión, la soledad, el amor..., todos ellos sometidos al implacable examen de un observador llamémosle «des-interesado», totalmente distanciado, ajeno incluso, a las ambiciones, los poderes, y los afanes del mundo torturado que él mismo somete a la lógica equívoca de sus «silogismos», porque, como expresa él mismo, es preciso «conservar para la Duda el doble privilegio de la ansiedad y de la ironía».

Lectulandia

E. M. Cioran

Silogismos de la amargura

ePub r1.0

Titivillus 16.01.2017

Título original: *Syllogismes de l'amertume*

E. M. Cioran, 1952

Traducción: Rafael Panizo

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

NOTA DEL TRADUCTOR

La presente traducción ha sido hecha en colaboración con el autor, quien ha realizado, especialmente para esta edición, modificaciones importantes en el texto original francés.

París, julio 1982.

Atrofia del verbo

Formados en la escuela de los veleidosos, idólatras del fragmento y del estigma, pertenecemos a un tiempo clínico en el que únicamente nos importan los *casos*. Sólo nos interesa lo que un escritor se ha callado, lo que hubiera podido decir, sus profundidades mudas. Si deja una *obra*, si se explica, se asegura nuestro olvido.

Magia del artista irrealizado..., de un vencido que desaprovecha sus decepciones, que no sabe hacerlas fructificar.

*

¡Tantas páginas, tantos libros que fueron fuentes de emoción para nosotros, y que releemos para estudiar la calidad de los adverbios o la propiedad de los adjetivos!

*

Existe en la estupidez una gravedad que, mejor orientada, podría multiplicar la suma de obras maestras.

*

Sin nuestras dudas sobre nosotros mismos, nuestro escepticismo sería letra muerta, inquietud convencional, doctrina filosófica.

*

No queremos seguir soportando el peso de las «verdades», continuar siendo sus víctimas o sus cómplices. Sueño con un mundo en el que se muriera por una coma.

*

¡Cuánto me atraen los autores de segunda fila (Joubert, sobre todo) que, por delicadeza, vivieron a la sombra del genio de los demás y que renunciaron al suyo por temor a poseerlo!

*

Si Molière se hubiera replegado sobre sus abismos, Pascal, —con el suyo—

habría parecido periodista.

*

Con certezas, el estilo es imposible: la preocupación por la expresión es propia de quienes no pueden dormirse en una fe. A falta de un apoyo sólido, se aferran a las palabras —sombras de realidad—, mientras los otros, seguros de sus convicciones, desprecian su apariencia y descansan cómodamente en el confort de la improvisación.

*

Desconfiad de quienes vuelven la espalda al amor, a la ambición, a la sociedad. Se vengarán de haber *renunciado* a ello.

*

La historia de las ideas es la historia del rencor de los solitarios.

*

Plutarco, hoy, escribiría las *Vidas paralelas de los fracasados*.

*

El romanticismo inglés fue una acertada mezcla de láudano, exilio y tisis; el romanticismo alemán, de alcohol, provincia y suicidio.

*

Algunos seres deberían haber vivido en ciudades alemanas de la época romántica. ¡Imaginamos tan bien a un Gérard von Nerval en Tubinga o en Heidelberg!

*

La capacidad de aguante de los alemanes no tiene límites; y ello hasta en la locura: Nietzsche soportó la suya once años, Hölderlin cuarenta.

*

Lutero, encarnación del hombre moderno, asumió toda clase de desequilibrios: un Pascal y un Hitler cohabitaban en él.

*

«... sólo lo verdadero es digno de ser amado». —De ahí provienen las lagunas de Francia, su rechazo de lo Vago y de lo Turbio, su anti-poesía, su anti-metafísica.

Más aún que Descartes, influyó Boileau sobre todo un pueblo, censurando su genio.

*

El Infierno —tan exacto como un atestado;

El Purgatorio —falso como toda alusión al Cielo;

El Paraíso —muestrario de ficciones y de insulseces...

La Trilogía de Dante constituye la más alta rehabilitación del diablo emprendida por un cristiano.

*

Shakespeare: cita entre una rosa y un hacha...

*

Fracasar en la vida es acceder a la poesía —sin el soporte del talento.

*

Sólo los espíritus superficiales abordan las ideas con delicadeza.

*

La mención de los incordios administrativos («*the law's delay, the insolence of office*»), entre los motivos que justifican el suicidio, me parece la cosa más profunda que haya dicho Hamlet.

*

Agotados los modos de expresión, el arte se orienta hacia el sinsentido, hacia un universo privado e incomunicable. Todo estremecimiento *inteligible*, tanto en pintura como en música o en poesía, nos parece, con razón, anticuado o vulgar. El *público* desaparecerá pronto: el arte le seguirá de cerca.

Una civilización que comenzó con las catedrales tenía que acabar en el hermetismo de la esquizofrenia.

*

Aun hallándonos a mil leguas de la poesía, dependemos de ella todavía por esa súbita necesidad de aullar —último estadio del lirismo.

*

Ser un Raskolnikov —sin la excusa del crimen.

*

Sólo cultivan el aforismo quienes han conocido el miedo *en medio* de las palabras, ese miedo a derrumbarse con *todas las palabras*.

*

¡No poder volver a la época en que ningún vocablo estorbaba a los seres, al laconismo de la interjección, al paraíso del alelamiento, al estupor gozoso anterior a los idiomas...!

*

Es fácil ser «profundo»: basta dejarse invadir por las propias taras.

*

Modelos de estilo: el juramento, el telegrama y el epitafio.

*

Los románticos fueron los últimos especialistas del suicidio. Desde entonces se

improvisa... Para mejorar su calidad necesitamos un nuevo mal del siglo.

*

Despojar a la literatura de su disfraz, ver su verdadero rostro, es tan peligroso como desposeer a la filosofía de su jerga. ¿Las creaciones del espíritu se reducen a la transfiguración de bagatelas? ¿Existiría únicamente alguna sustancia fuera de lo articulado, en el rictus o la catalepsia?

*

Un libro que, después de haberlo demolido todo, no se destruye a sí mismo nos habrá exasperado en vano.

*

Mónadas disgregadas, hemos llegado al final de las tristezas prudentes y de las anomalías previstas: más de un signo anuncia la hegemonía del delirio.

*

Las fuentes de inspiración de un escritor son sus vergüenzas; quien no las descubra en sí mismo o las eluda está condenado al plagio o a la crítica.

*

Todo occidental atormentado hace pensar en un héroe de Dostoyevski que tuviera una cuenta en el banco.

*

El buen dramaturgo debe poseer el sentido del asesinato: después de los isabelinos, ¿quién sabe aún matar a sus personajes?

*

La célula nerviosa se ha habituado tan bien a todo que debemos renunciar definitivamente a concebir una locura que, penetrando en los cerebros, los hiciera

estallar.

*

Después de Benjamin Constant, nadie ha vuelto a encontrar el *tono* de la decepción.

*

Quien poseyendo los rudimentos de la misantropía quisiera perfeccionarse en ella, debe frecuentar la escuela de Swift: aprenderá así a dar a su desprecio por los hombres la intensidad de una neuralgia.

*

Baudelaire introdujo la fisiología en la poesía; Nietzsche, en la filosofía. Con ellos, los trastornos de los órganos se elevaron a canto y a concepto. Proscritos de la salud, a ellos les incumbía asegurar una carrera a la enfermedad.

*

Misterio, palabra de la que nos servimos para engañar a los demás, para hacerles creer que somos más profundos que ellos.

*

Si Nietzsche, Proust, Baudelaire o Rimbaud sobreviven a las fluctuaciones de la moda, se lo deben a la gratuidad de su crueldad, a su cirugía demoníaca, a la generosidad de su hiel. Lo que permite durar a una obra, lo que le impide envejecer, es su ferocidad. ¿Afirmación gratuita? Considérese el prestigio del Evangelio, libro agresivo, libro venenoso entre todos.

*

El público se precipita sobre los autores llamados «humanos» porque sabe que no tiene nada que temer de ellos; detenidos como él a medio camino, le propondrán un compromiso con lo Imposible, una visión coherente del Caos.

*

La negligencia verbal de los pornógrafos procede con frecuencia de un exceso de pudor, de la vergüenza de mostrar su «alma», y sobre todo de nombrarla: no existe palabra indecente en ningún idioma.

*

Que una realidad se oculte detrás de las apariencias es, a fin de cuentas, posible; que el lenguaje pueda reproducirla, sería ridículo esperar. ¿Por qué, pues, adoptar una opinión en lugar de otra, retroceder ante lo trivial o lo inconcebible, ante el deber de decir y escribir cualquier cosa? Un mínimo de cordura nos obligaría a sostener todas las tesis al mismo tiempo, en un eclecticismo de la sonrisa y de la destrucción.

*

El miedo a la esterilidad conduce al escritor a producir por encima de sus posibilidades y a añadir a las mentiras vividas otras muchas que toma prestadas o forja. Bajo toda *Obra completa* yace un impostor.

*

El pesimista debe inventarse cada día nuevas razones de existir: es una víctima del «sentido» de la vida.

*

Macbeth: un estoico del crimen, un Marco Aurelio con puñal.

*

El Espíritu es el gran beneficiario de las derrotas de la carne. Se enriquece a su costa, la saquea, se regocija de sus miserias; vive del bandidaje. La civilización debe su éxito a las proezas de un bandido.

*

El «talento» es el medio más seguro de falsearlo todo, de deformar las cosas y de equivocarse acerca de uno mismo. Sólo poseen una existencia *verdadera* aquellos a quienes la naturaleza no ha abrumado con ningún don. Sería por ello difícil de imaginar un universo más falso que el universo literario, o un hombre más desprovisto de *realidad* que el hombre de letras.

*

La salvación sólo es posible mediante la *imitación* del silencio. Pero nuestra locuacidad es prenatal. Raza de charlatanes, de espermatozoides verbosos, estamos *químicamente* ligados a la palabra.

*

La búsqueda del signo en detrimento de la cosa significada; el lenguaje considerado como un fin en sí mismo, como rival de la «realidad»; la manía verbal, incluso en los filósofos; la necesidad de renovarse *a nivel de las apariencias*;... características de una civilización en la que la sintaxis prevalece sobre lo absoluto y el gramático sobre el sabio.

*

Goethe, artista completo, es nuestro antípoda. Ajeno a lo inconcluso, a ese ideal moderno de la perfección, se negó a comprender los riesgos de sus contemporáneos; en cuanto a los suyos, los asimiló tan bien que no los padeció en absoluto. Su claro destino nos desmoraliza; tras haberlo explorado intentando en vano descubrir en él secretos sublimes o sórdidos, nos quedamos con las palabras de Rilke: «No tengo órganos para Goethe».

*

Nunca se criticará demasiado al siglo XIX por haber favorecido esa ralea de glosadores, esas máquinas de leer, esa malformación del espíritu que encarna el Profesor —símbolo de la decadencia de una civilización, de la degradación del gusto, de la supremacía del trabajo sobre el capricho.

Ver todo desde el exterior, sistematizar lo inefable, no mirar nada de frente, hacer el inventario de los proyectos de los demás... Todo comentario a una obra es ramplón o inútil, pues todo lo que no es directo es nulo.

En el pasado los profesores se consagraban con preferencia a la teología. Al

menos tenían la excusa de enseñar lo absoluto, de limitarse a Dios, mientras que ahora nada escapa a su competencia asesina.

*

Lo que nos diferencia de nuestros antepasados es nuestro descaro frente al Misterio. Lo hemos incluso desbautizado: así nació el Absurdo...

*

Superchería del estilo: dar a las tristezas habituales un cariz insólito, adornar las pequeñas desgracias, vestir el vacío, existir *por la palabra*, por la fraseología del suspiro o del sarcasmo.

*

Resulta increíble que la perspectiva de tener un biógrafo no haya hecho renunciar a nadie a tener una vida.

*

Lo suficientemente ingenuo como para ponerme a buscar la Verdad, en el pasado me interesé —inútilmente— por bastantes disciplinas. Comenzaba a afianzarme en el escepticismo cuando tuve la idea de consultar, como último recurso, la Poesía: ¿quién sabe?, me dije, quizá me sea útil, quizás esconda bajo su arbitrariedad alguna revelación definitiva. Recurso ilusorio: ella me hizo perder hasta mis *incertidumbres...*

*

Para quien haya *respirado* la Muerte, ¡qué desolación el olor del Verbo!

*

Estando de moda la derrota, es natural que Dios se aproveche de ello. Gracias a los esnobs que le compadecen o le maltratan, goza todavía de cierta reputación. Pero ¿durante cuánto tiempo será aún *interesante*?

*

—Tenía talento, sin embargo ya nadie se interesa por él. Se le ha olvidado.

—Es justo: no supo tomar todas las precauciones necesarias para ser *mal* comprendido.

*

Nada seca tanto la inteligencia como la repugnancia a concebir ideas oscuras.

*

¿Qué hace el sabio? Se resigna a ver, a comer, etc., acepta a pesar suyo esa «llaga de nueve aberturas» que es el cuerpo según la *Bhagavad-Gita*. —¿La sabiduría? Sufrir dignamente la humillación que nos infligen nuestros agujeros.

*

El poeta: un espabilado que sabe atormentarse sin motivo, que se consagra con ardor a las perplejidades, que se las procura por todos los medios. Luego, la ingenua posteridad se apiada de él...

*

Casi todas las obras se componen de destellos de *imitación*, estremecimientos aprendidos y éxtasis robados.

*

Prolija por naturaleza, la literatura vive de la gran abundancia de vocablos, del cáncer de la palabra.

*

Europa no se encuentra todavía lo suficientemente en ruinas como para que pueda florecer en ella la epopeya. Sin embargo, todo hace prever que, celosa de Troya y dispuesta a imitarla, proporcionará un día temas tan importantes que ni la novela ni la

poesía le bastarán...

*

Admiraría sin límites a Omar Jayyam, sus tristezas sin réplica, si no hubiera conservado una última ilusión: desgraciadamente *creía* aún en el vino.

*

Lo mejor de mí mismo, este poco de luz que me aleja de todo, se lo debo a mis raras conversaciones con algunos canallas amargos, canallas inconsolables que, víctimas del rigor de su cinismo, no podían dedicarse ya a ningún vicio.

*

Más que un error de fondo, la vida es una «falta de gusto» que ni la muerte, ni siquiera la poesía, logran corregir.

*

En este «gran dormitorio», como llama un texto taoísta al universo, la pesadilla es la única forma de lucidez.

*

Es preferible no dedicarse a las letras cuando, poseyendo un alma oscura, se está obsesionado por la claridad. No se dejarán tras de sí más que suspiros inteligibles, pobres residuos del rechazo de ser uno mismo.

*

En los tormentos del intelecto hay una decencia que difícilmente encontraríamos en los del corazón.

El escepticismo es la elegancia de la ansiedad.

*

Ser *moderno* es chapucear en lo Incurable.

*

Tragicomedia del discípulo: he reducido a polvo mi pensamiento para ir más lejos que los moralistas, quienes sólo me habían enseñado a desmenuzarlo...

El estafador de abismos

Todo pensamiento debería recordar la ruina de una sonrisa.

*

Con mucha precaución merodeo alrededor de lo profundo, le sonsaco algunos vértigos y me escabullo como un estafador de abismos.

*

Todo pensador, al comienzo de su carrera, opta, a pesar suyo, por la dialéctica o los sauces llorones.

*

Mucho antes de que la física y la psicología hubieran aparecido, el dolor desintegraba a la materia y la angustia al alma.

*

Esa especie de malestar que se siente cuando se intenta imaginar la vida cotidiana de los grandes hombres... Sobre las dos de la tarde, ¿qué hacía Sócrates?

*

Si creemos tan ingenuamente en las ideas es porque olvidamos que han sido concebidas por mamíferos.

*

Una poesía digna de ese nombre comienza por la experiencia de la fatalidad. Sólo los malos poetas son *libres*.

*

No he encontrado en el edificio del pensamiento ninguna categoría sobre la que reposar mi frente. En cambio, ¡qué almohada el Caos!

*

Para vengarnos de quienes son más felices que nosotros, les inoculamos —a falta de otra cosa— nuestras angustias. Porque nuestros dolores, desgraciadamente, no son contagiosos.

*

Nada apaga mi sed de dudas: ¿si tuviera el cayado de Moisés para hacerlas brotar incluso de la roca!

*

Fuera de la dilatación del yo, fruto de la parálisis general, no existe ningún remedio contra las crisis de abatimiento, contra la asfixia en la nada, contra el horror de no ser más que un alma dentro de un salivazo.

*

Si apenas he obtenido ideas de la tristeza, es porque la he amado demasiado para empobrecerla ejercitándome en ella.

*

Una moda filosófica se impone como una moda gastronómica: se refuta igual una idea que una salsa.

*

Somos todos unos farsantes: *sobrevivimos* a nuestros problemas.

*

En las épocas en que el Diablo prosperaba, el pánico, el horror, los desórdenes eran males que gozaban de protección sobrenatural: se sabía quién los provocaba, quién dirigía su expansión; abandonados hoy a sí mismos, se transforman en «dramas interiores» o degeneran en «psicosis», en patología secularizada.

*

A todos los aspectos del pensamiento les llega su *momento*, su frivolidad: así, hoy, a la idea de la Nada... ¡Qué caducos nos parecen la Materia, la Energía, el Espíritu! Afortunadamente el léxico es rico: cada generación puede sacar de él un vocablo tan importante como los otros —inútilmente difuntos.

*

La planta padece ligeramente; el animal se las ingenia para enfermar; en el hombre se exaspera la anomalía de todo lo que respira.

La Vida, combinación de química y estupor... ¿Acabaremos refugiándonos en el equilibrio del mineral? ¿Franquearemos retrocediendo el reino que de él nos separa para imitar a la piedra *normal*?

*

Obligándonos a sonreír, sucesivamente, a las ideas de aquellos a quienes mendigamos, la Miseria convierte nuestro escepticismo en sustento.

*

Desde que recuerdo, no he hecho más que destruir en mí el orgullo de ser hombre. Y deambulo por la periferia de la Especie como un monstruo temeroso, sin la envergadura suficiente para aullar en nombre de otra manada de monos.

*

El Hastío nivela los enigmas: es un ensueño *positivista*...

*

Existe una *angustia infusa* que reemplaza tanto a la ciencia como a la intuición.

*

Se extiende tanto la muerte, tanto lugar ocupa, que ya no sé *dónde* morir.

*

Deber de la lucidez: alcanzar una desesperación *correcta*, una ferocidad apolínea.

*

Si la felicidad es tan rara, es porque sólo se alcanza *después* de la vejez, en la senilidad, favor reservado a muy pocos mortales.

*

Nuestras vacilaciones llevan la huella de nuestra honradez; nuestras certidumbres la de nuestra impostura. La deshonestidad de un pensador se reconoce en la suma de ideas *precisas* que avanza.

*

Petulante, me hundí en lo Absoluto; emergí troglodita.

*

La muerte plantea un problema que sustituye a todos los demás. ¿Hay algo más funesto para la filosofía, para esa ingenua creencia en la jerarquía de las perplejidades?

*

El cinismo de la soledad extrema es un calvario que la insolencia atenúa.

*

La filosofía sirve de antídoto contra la tristeza. Y hay quienes creen aún en la *profundidad* de la filosofía.

*

En este universo provisional, nuestros axiomas sólo tienen un valor de *sucesos*.

*

La Angustia era ya un producto corriente en la época de las cavernas. Imaginemos la sonrisa del hombre de Neandertal si hubiera previsto que los filósofos llegarían un día a reclamar su paternidad.

*

El error de la filosofía consiste en ser demasiado *soportable*.

*

Los abúlicos, que dejan las ideas tal como son, deberían ser los únicos que tuvieran acceso a ellas. Cuando los activos se las apropian, el dulce desbarajuste cotidiano se convierte en tragedia.

*

La ventaja de interesarse por la vida y la muerte es que se puede decir de ellas cualquier cosa.

*

El escéptico quisiera sufrir, como los demás, por las quimeras que hacen vivir. No lo consigue: es un mártir de la *sensatez*.

*

Objeción contra la ciencia: este mundo no *merece la pena* ser conocido.

*

¿Cómo se puede ser filósofo? ¿Cómo se puede tener el descaro de atacar del tiempo, de la belleza, de Dios y de todo lo demás? El espíritu se infla y brinca sin vergüenza. Metafísica, poesía —impertinencias de piojo...

*

Estoicismo de feria: ser un apasionado del *Nil admirari*, un histérico de la ataraxia.

*

Aunque pudiera luchar contra un ataque de depresión, ¿en nombre de qué vitalidad me ensañaría con una obsesión que me pertenece, que me *precede*? Encontrándome bien, escojo el camino que me place; «tocado», ya no soy yo quien decide: es mi mal. Para los obsesos no existe opción alguna: su obsesión ha elegido ya por ellos. Uno *se* escoge cuando dispone de virtualidades indiferentes; pero la nitidez de un mal es superior a la diversidad de caminos a elegir. Preguntarse si se es libre o no: bagatela a los ojos de un espíritu a quien arrastran las calorías de sus delirios. Para él, ensalzar la libertad es dar pruebas de una salud indecente.

¿La libertad? Sofisma de la gente sana.

*

No contento con los sufrimientos reales, el ansioso se impone imaginarios; es un ser para quien la irrealidad existe, debe existir; sin ello, ¿dónde encontraría la ración de tormentos que le exige su naturaleza?

*

¿Por qué no podría yo compararme a los mayores santos? ¿Acaso he derrochado menos locura para salvaguardar mis contradicciones que la derrochada por ellos para superar las suyas?

*

Cuando la Idea buscaba un refugio, debía de estar carcomida para no encontrar más que la hospitalidad del cerebro.

*

Técnica que practicamos a costa nuestra, el psicoanálisis degrada nuestros riesgos, nuestros peligros, nuestros abismos; nos despoja de nuestras impurezas, de todo lo que nos hacía curiosos de nosotros mismos.

*

Que haya o no solución a los problemas, eso no preocupa más que a una minoría; que los sentimientos no tengan ninguna salida, que no desemboquen en nada, que se pierdan en ellos mismos, he ahí el drama inconsciente de todos, el *insoluble afectivo* que cada uno sufre sin pensar en él.

*

Profundizar una idea es atentar contra ella: quitarle todo su encanto y hasta la vida...

*

Con un poco más de fiebre en el nihilismo, me sería posible —negándolo *todo*— sacudir mis dudas y triunfar sobre ellas. Pero sólo tengo el gusto de la negación, no su *don*.

*

Haber conocido la fascinación de los extremos... y haberse detenido en algún lugar situado entre el diletantismo y la dinamita.

*

Debería ser lo Intolerable, y no la Evolución, el tema preferido de la biología.

*

Mi cosmogonía añade al caos original una infinidad de puntos suspensivos.

*

Cada vez que tenemos una idea, algo se pudre en nosotros.

*

Todo problema profana un misterio; a su vez, al problema lo profana su solución.

*

Lo patético revela una profundidad de mal gusto —como esa voluptuosidad de la sedición en la que se complacieron un Lutero, un Rousseau, un Beethoven, un Nietzsche. Los *grandes acentos* —plebeyez de los solitarios...

*

Esa necesidad de remordimientos que precede al Mal, mejor dicho, que lo crea...

*

¿Podría soportar un solo día sin esta caridad de mi locura que a diario me promete el Juicio Final para el día siguiente?

*

Sufrimos: el mundo exterior comienza a existir...; sufrimos demasiado: desaparece. El dolor lo suscita únicamente para desenmascarar su irrealdad.

*

El pensamiento que se libera de todo prejuicio se disgrega e imita la incoherencia y la dispersión de las cosas que quiere aprehender. Con ideas «fluidas» *se extiende* uno sobre la realidad, se adhiere uno a ella, pero no se la explica. Así, se paga caro el «sistema» que no se ha deseado.

*

Lo Real me produce asma.

*

Nos repugna llevar hasta sus últimas consecuencias un pensamiento deprimente, aunque sea inatacable; lo soportamos hasta el momento en que nos afecta las entrañas, en que comienza a ser malestar, verdad y desastre de la carne. —Nunca he

leído un sermón de Buda o una página de Schopenhauer sin *verlo todo de color rosa...*

*

Encontramos Sutileza:

en los teólogos. Al no poder probar lo que proponen, están obligados a practicar tal cantidad de distinciones que con ellas perturban el espíritu —que es lo que desean. ¡Qué virtuosismo se necesita para clasificar a los ángeles en decenas de especies! Y eso sin insistir en Dios: su «infinito» ha malogrado numerosos cerebros, desgastándolos;

en los ociosos —en los mundanos, en las razas indolentes, en todos aquellos que se alimentan de palabras. La conversación, madre de la sutileza... Por haber sido insensibles a ella, los alemanes se hundieron en la metafísica. Por el contrario, los pueblos habladores, los antiguos griegos o los franceses, expertos en los encantos del espíritu, sobresalieron en la *técnica de las futilidades*;

en los perseguidos. Obligados a la mentira, a la argucia, al engaño, llevan una vida doble y falsa: la *insinceridad* —por necesidad— excita la inteligencia. Seguros de sí mismos, los ingleses son aburridos: pagan de esa manera los siglos de libertad que han podido vivir sin recurrir a la astucia, a la sonrisa hipócrita, a las artimañas. Se comprende así por qué, en el polo opuesto, los judíos poseen el privilegio de ser el pueblo más despierto;

en las mujeres. Condenadas al pudor, deben disimular sus deseos y mentir: *la mentira es una forma de talento*, mientras que el respeto de la «verdad» corre parejo de la grosería y de la tosquedad;

en los tarados que no se hallan internados, —en los pervertidos con quienes un código penal ideal soñaría.

*

Cuando uno es joven, practica la filosofía, menos para buscar en ella una visión que un estimulante; uno se dedica a las ideas, adivina el delirio que las ha producido, sueña con imitarlo y exagerarlo. La adolescencia se complace en el malabarismo de las alturas; en los pensadores ama al saltimbanqui; en Nietzsche nos gustaba Zaratustra, sus poses, sus payasadas místicas, verdadera *feria de cumbres...* Su idolatría de la fuerza es menos un signo de esnobismo evolucionista que una tensión interior proyectada hacia fuera, una embriaguez que interpreta y acepta el devenir. De ello tenía que resultar una falsa imagen de la vida y de la historia. Pero era necesario pasar por ahí, por la orgía filosófica, por el culto de la vitalidad. Quienes se negaron a ello no conocerán jamás sus consecuencias, el reverso y las muecas de ese culto; no

comprenderán nunca las raíces de la decepción.

Como Nietzsche, creíamos en la perpetuidad de nuestros trances; gracias a la madurez de nuestro cinismo, fuimos más lejos aún que él. La idea del superhombre nos parece hoy una mera lucubración; entonces la encontrábamos tan exacta como un dato experimental. Así se eclipsó el ídolo de nuestra juventud.

Pero ¿qué Nietzsche —en el caso de que hubiera varios— permanece aún? El experto en decadencias, el psicólogo agresivo —no solamente observador como los moralistas— que escruta como un enemigo y se crea enemigos; pero sus enemigos los extrae de sí mismo, como los vicios que denuncia. ¿Se ensaña con los débiles?, practica la introspección; y cuando ataca la decadencia, describe su propio estado. Todo su odio se dirige indirectamente contra sí mismo. Proclama sus debilidades y las erige en ideal; si se detesta, el cristianismo o el socialismo sufren las consecuencias. Su diagnóstico del nihilismo es irrefutable: porque él mismo es nihilista y lo confiesa. Panfletario enamorado de sus adversarios, no habría podido soportarse de no haber combatido contra sí mismo, de no haber instalado sus miserias en otro lugar, en los demás: *se vengó en ellos de lo que él fue*. Habiendo practicado la psicología como héroe, propone a los apasionados de lo Inextricable una diversidad de callejones sin salida.

Medimos su fecundidad en las posibilidades que nos ofrece de repudiarle continuamente sin acabar con él. Espíritu nómada, es un experto en variar de desequilibrios. Ha sostenido siempre el pro y el contra de todo: es el procedimiento de quienes se dedican a la especulación por no haber podido escribir tragedias o dispersarse en múltiples destinos. —Lo cierto es que Nietzsche, exponiendo sus histerias, nos ha desembarazado del pudor de las nuestras; sus miserias nos han sido provechosas. Él inauguró la *era de los «complejos»*.

*

El filósofo «generoso» olvida, en detrimento de sí mismo, que de un sistema sólo sobreviven las verdades nocivas.

*

En la época en que, por inexperiencia, se le coge gusto a la filosofía, yo decidí, como todo el mundo, hacer una tesis. ¿Qué tema escoger? Quería uno manido e insólito a la vez. Cuando creí haberlo encontrado corrí a comunicárselo a mi profesor.

—¿Qué le parece una *Teoría general del llanto*? Me siento capaz de desarrollar ese tema.

—Es posible, me dijo, pero le va a costar encontrar bibliografía.

—Si es por eso, no importa. La Historia entera me respaldará con su autoridad —

le respondí con un tono de impertinencia y de triunfo.

Pero como, impaciente, me miraba con desdén, decidí en el acto liquidar al *discípulo* que había en mí.

*

En la Antigüedad, el filósofo que no escribía, pero pensaba, no se exponía al desprecio; desde que nos postramos ante la eficacia, la *obra* se ha convertido en el absoluto del vulgo; a quienes no producen se les considera «fracasados». Sin embargo, esos «fracasados» habrían sido los sabios de otros tiempos; ellos rehabilitarán a nuestra época por no haber dejado trazas en ella.

*

Se acerca el momento en que el escéptico, tras haberlo cuestionado todo, no tendrá ya *de qué* dudar; será entonces cuando realmente suprimirá su juicio. ¿Qué le quedará? Divertirse o dormir —la frivolidad o la animalidad.

*

Más de una vez he logrado entrever el otoño del cerebro, el desenlace de la conciencia, la última *escena* de la razón, y luego una luz que me helaba la sangre.

*

Hacia una sabiduría vegetal: abjuraría de todos mis terrores por la *sonrisa* de un árbol...

Tiempo y anemia

¡Qué cerca me siento de aquella vieja loca que corría detrás del tiempo, que quería atrapar un *trozo* de tiempo!

*

Existe una relación entre las deficiencias de nuestra sangre y nuestro extrañamiento en el tiempo: tantos glóbulos blancos, tantos instantes vacíos... ¿No proceden nuestros estados *conscientes* de la decoloración de nuestros deseos?

*

Sorprendido en pleno mediodía por el delicioso espanto del vértigo, ¿a qué atribuirlo? ¿A la sangre, al cielo azul? ¿O a la anemia, situada a medio camino entre los dos?

*

La palidez nos muestra hasta dónde puede el cuerpo comprender al alma.

*

Con tus venas cargadas de noches, te hallas entre los hombres como un epitafio en medio de un circo.

*

En el paroxismo de la Insensibilidad, se piensa en una buena crisis de epilepsia como en una tierra prometida.

*

Cuanto más difuso sea el objeto de una pasión, mejor ella nos destruye; la mía fue el Hastío: sucumbí a su imprecisión.

*

El tiempo me está prohibido. No pudiendo seguir su cadencia, me agarro a él o lo contemplo, pero sin estar jamás dentro de él: no es mi *elemento*. Y en vano espero un poco de tiempo de los demás.

*

La leucemia es el jardín donde florece Dios.

*

La fe, la política o la violencia menoscaban la desesperación; por el contrario, todo deja intacta a la melancolía: ella sólo podría cesar con nuestra sangre.

*

El hastío es una angustia larval; el tedio, un odio ensoñador.

*

Nuestras tristezas prolongan el misterio que esboza la sonrisa de las momias.

*

Sólo la ansiedad, utopía negra, nos suministra *precisiones* sobre el futuro.

*

¿Vomitara? ¿Rezar? El Vacío nos eleva a un cielo de Crucifixiones que nos deja en la boca un regusto a sacarina.

*

Durante mucho tiempo creí en las virtudes metafísicas de la Fatiga: es cierto que nos hunde en las raíces del Tiempo; pero ¿qué nos traemos de él? Algunas futilidades sobre la eternidad.

*

«Soy como una marioneta rota cuyos ojos hubieran caído en el interior».

Estas palabras de un enfermo mental valen más que el conjunto de las obras de introspección.

*

Cuando todo se vuelve insípido a nuestro alrededor, qué tónico la curiosidad de saber *de qué manera* perdemos la razón.

*

¡Si nos fuera posible abandonar voluntariamente la nada de la apatía por el dinamismo del remordimiento!

*

Comparado al asco que me espera, el que me habita me parece tan agradablemente insoportable que tiemblo de sólo pensar en agotar su terror.

*

En un mundo sin melancolía los ruseñores se pondrían a eructar.

*

¿Alguien emplea continuamente la palabra «vida»? Sabed que es un enfermo.

*

El interés que manifestamos por el Tiempo emana de un esnobismo de lo Irreparable.

*

Para iniciarse en la tristeza, en la artesanía de lo Indefinido, algunos tardan un segundo, otros una vida.

*

Con frecuencia me he retirado a ese trastero que es el Cielo, con frecuencia he cedido a la necesidad de *asfixiarme* en Dios.

*

Sólo soy «yo» por encima o por debajo de mí mismo, en la rabia o el abatimiento; a mi nivel habitual, ignoro que existo.

*

No es fácil procurarse una neurosis; quien lo logra dispone de una fortuna que lo hace prosperar todo —tanto los éxitos como los fracasos.

*

No podemos actuar más que en función de un tiempo limitado: un día, una semana, un mes, un año, diez años o una vida. Porque si, por desgracia, relacionamos nuestros actos con el Tiempo, tiempo y actos se evaporan; y es entonces la aventura en el *Vacío*, la génesis del No.

*

Tarde o temprano, cada deseo debe encontrar su cansancio: su verdad...

*

Conciencia del tiempo: atentado contra el tiempo...

*

Gracias a la melancolía —ese alpinismo de los perezosos—, escalamos *desde nuestro lecho* todas las cumbres y soñamos en lo alto de todos los precipicios.

*

Aburrirse es mascar tiempo.

*

El sofá, ese gran responsable, ese promotor de nuestra «alma».

*

Tomo *de pie* una resolución; me acuesto —y la anulo.

*

Aceptaríamos fácilmente las penas si la razón o el hígado no sucumbieran a ellas.

*

He buscado en mí mismo mi propio modelo. Para imitarlo, me he dedicado a la dialéctica de la indolencia. ¡Es tan agradable malograrse...!

*

Oblíguese a la gente a acostarse durante días y días: los colchones lograrían lo que ni las guerras ni los eslóganes han conseguido. Pues las maniobras del Tedio superan en eficacia a las de las armas y a las de las ideologías.

*

Haber dedicado a la idea de la muerte todas las horas que un oficio hubiera reclamado... Los desbordamientos metafísicos son propios de los monjes, los libertinos y los pordioseros. Un empleo habría hecho hasta de Buda un simple *descontento*.

*

¿Nuestros ascos? Desvíos del asco que nos tenemos a nosotros mismos.

*

Cuando me sorprendo en un momento de rebelión, tomo un somnífero o consulto con un psiquiatra. Cualquier procedimiento es bueno para quien persigue la Indiferencia sin estar predispuesto a ella.

*

Premisa de los indolentes, esos metafísicos de nacimiento: el Vacío es la certeza que descubren, al final de su carrera y como recompensa a sus decepciones, la buena gente y los filósofos profesionales.

*

A medida que liquidamos nuestras vergüenzas, nos quitamos nuestras máscaras. Pero llega un día en que nuestro juego se acaba: nos quedamos sin vergüenzas y sin máscaras. *Y sin público.* —Hemos presumido demasiado de nuestros secretos, de la vitalidad de nuestras miserias.

*

Diariamente converso en privado con mi esqueleto, y eso jamás me lo perdonará mi carne.

*

Lo que arruina a la alegría es su falta de rigor; obsérvese, por otra parte, la lógica de la hiel...

*

Si alguna vez has estado triste *sin motivo*, es que lo has estado toda tu vida sin saberlo.

*

Deambulo a través de los días como una puta en un mundo sin aceras.

*

Sólo intimamos con la vida cuando decimos —*de todo corazón*— una trivialidad.

*

Entre el Hastío y el Éxtasis se desarrolla toda nuestra experiencia del tiempo.

*

¿Habéis triunfado en la vida? Jamás conoceréis el *orgullo*.

*

Nosotros nos parapetamos detrás de nuestro rostro; al loco le traiciona el suyo. Él se ofrece, se denuncia a los demás. Habiendo perdido su máscara, publica su angustia, se la impone al primero que llega, exhibe sus enigmas. Tanta indiscreción irrita. Es normal que se le espose y se le aísle.

*

Sea por pasión del remordimiento o por insensibilidad, el caso es que nada he hecho por salvar el poco absoluto que encierra este mundo.

*

El Devenir: una agonía *sin desenlace*.

*

Contrariamente a los placeres, los dolores no conducen a la saciedad. No existen leprosos *hastados*.

*

La tristeza: un apetito que ninguna desgracia satisface.

*

Nada nos seduce tanto como la obsesión de la muerte; la *obsesión*, no la muerte.

*

Esas horas en que me parece inútil levantarme aguzan mi curiosidad por los

Incurables. Clavados a su cama y a lo Absoluto, ¡cuánto deben saber de todo! Sin embargo, yo sólo me parezco a ellos en el virtuosismo del torpor, en el interminable rumiar de las mañanas enteras pasadas en la cama.

*

Mientras el tedio se limite únicamente a los asuntos del corazón, todo es aún posible; pero si se extiende a la esfera del juicio, estamos perdidos.

*

Apenas se medita ya de pie, y menos aún andando. Fue nuestro empeño en conservar la posición vertical lo que originó la Acción; por ello, para protestar contra sus perjuicios, deberíamos imitar la postura de los cadáveres.

*

La Desesperación es el descaro de la desgracia, una forma de provocación, una filosofía para épocas indiscretas.

*

Cuando se aprende a beber en las fuentes del Vacío, se deja de temer el futuro. El tedio opera prodigios: convierte la vacuidad en sustancia, es él mismo *vacío nutritivo*.

*

Cuanto más envejezco, menos me complace imitar a Hamlet. Ya no sé, respecto a la muerte, qué tormento experimentar...

Occidente

Orgullo moderno: he perdido a un amigo que estimaba por haberme obstinado en repetirle que yo era más degenerado que él...

*

En vano busca Occidente una forma de agonía digna de su pasado.

*

Don Quijote representa la juventud de una civilización: él *se inventaba* acontecimientos; nosotros no sabemos cómo escapar a los que nos acosan.

*

Oriente se interesó por las flores y el renunciamiento. Nosotros le oponemos las máquinas y el esfuerzo, y esta melancolía galopante —último sobresalto de Occidente.

*

¡Qué espectáculo ver a grandes naciones mendigar un suplemento de futuro!

*

Mil años de guerras han consolidado a Occidente; un siglo de «psicología» le ha puesto la soga al cuello.

*

Nuestra época quedará marcada por el romanticismo de los exilados. Se forma ya la imagen de un universo donde nadie tendrá *derecho de ciudadanía*.
En todo ciudadano de hoy yace un apátrida futuro.

*

A través de las sectas, el vulgo participa en lo Absoluto y los pueblos manifiestan

su vitalidad. Fueron ellas quienes prepararon la revolución rusa y la amenaza eslava.

Desde que el catolicismo muestra un bello rigor, la esclerosis lo invade; sin embargo, su carrera no ha acabado todavía: le falta aún llevar el luto de la latinidad.

*

«Nosotras, civilizaciones, sabemos ahora que somos mortales». Siendo nuestro mal la historia, el eclipse de la historia, debemos insistir en las palabras de Valéry, agravar su alcance: sabemos ahora que *la* civilización es mortal, que galopamos hacia horizontes de apoplejía, hacia los milagros de lo peor, hacia la edad de oro del espanto.

*

Por la intensidad de sus conflictos, el siglo XVI nos resulta más próximo que ningún otro; pero no se ven en nuestra época Luteros o Calvinos. Comparados a esos gigantes y a sus contemporáneos, somos pigmeos promovidos por la fatalidad del saber a un destino monumental. —A pesar de faltarnos la apostura, en algo, sin embargo, les superamos: en sus tribulaciones, ellos tenían el recurso, la cobardía de creerse entre los elegidos. La Predestinación, única idea cristiana aún tentadora, conservaba para ellos su doble carácter. Para nosotros, ya no hay elegidos.

*

Escuchad a los alemanes y a los españoles *explicarse*: harán resonar en vuestros oídos siempre la misma cantinela: trágico, trágico... Es su manera de hacernos comprender sus calamidades, su forma de triunfar...

Pasad luego a los Balcanes: oiréis constantemente: destino, destino... Los pueblos demasiado próximos de sus orígenes disimulan así sus tristezas inoperantes. Es la discreción de los trogloditas.

*

En contacto con los franceses se aprende a ser desgraciado *amablemente*.

*

Los pueblos que no tienen el gusto de la frivolidad y de lo aproximado, que *viven* sus exageraciones verbales, son una catástrofe para los demás y para ellos mismos. Se

obstinan en lo trivial, toman en serio lo accesorio y hacen una tragedia de lo nimio. Si a eso añaden una pasión por la fidelidad y una detestable repugnancia a traicionar, no se puede esperar de ellos más que su ruina. Para corregir sus méritos, para remediar su profundidad, es necesario convertirles al Sur, inocularles el virus de la farsa.

La faz del mundo no habría sido la misma si Napoleón hubiera ocupado Alemania con marseleses.

*

¿Se podría «meridionalizar» a los pueblos profundos? El futuro de Europa depende de la respuesta a esta pregunta. Si los alemanes se ponen a trabajar como antes, Occidente está perdido; igual que si los rusos no vuelven a encontrar su vieja afición a la pereza. Habría que desarrollar en ambos pueblos el gusto de la indolencia, de la apatía y de la siesta, seducirles con las delicias de la desidia y de la inconstancia.

... A menos que nos resignemos a las soluciones que Prusia o Siberia aplicarían a nuestro diletantismo.

*

No existe evolución ni avance que no sea destructor, al menos en sus momentos de intensidad.

El *devenir* de Heráclito desafía al tiempo; el de Bergson forma parte de las tentativas ingenuas y de las antiguallas filosóficas.

*

Dichosos esos frailes que, al final de la Edad Media, corrían de ciudad en ciudad anunciando el fin del mundo. Poco les importaba que sus profecías tardaran en cumplirse. Podían desmandarse, dar rienda suelta a sus terrores, descargarlos sobre las muchedumbres; terapéutica ilusoria en una época como la nuestra, en la que el pánico, introducido en las costumbres, ha perdido sus virtudes.

*

Para dominar a los hombres, hay que practicar sus vicios y añadir alguno más. Véase el caso de los papas: mientras fornicaban, practicaban el incesto y asesinaban, dominaban al mundo y la Iglesia era omnipotente. Desde que respetan sus preceptos, su poder se degrada: la abstinencia, lo mismo que la moderación, les ha resultado nefasta; convertidos en personas respetables, nadie les teme ya. Edificante crepúsculo

de una institución.

*

El prejuicio del honor es propio de las civilizaciones rudimentarias. Cesa con la aparición de la lucidez, con el reinado de los cobardes, de aquellos que, habiendo «comprendido» todo, no tienen ya nada que defender.

*

Durante tres siglos, España guardó celosamente el secreto de la Ineficacia; sin haberlo usurpado, habiéndolo descubierto por sus propios medios, *por introspección*, ese secreto lo posee hoy todo Occidente.

*

Hitler intentó, mediante la barbarie, salvar a toda una civilización. Su empresa fue un fracaso; no por ello dejará de ser, sin embargo, la última *iniciativa* de Occidente.

Sin duda este continente hubiera merecido algo mejor. ¿De quién es la culpa si no ha sabido producir un monstruo de calidad diferente?

*

Rousseau fue una desgracia para Francia, lo mismo que Hegel para Alemania. Tan indiferente a la histeria como a los sistemas, Inglaterra contemporizó con la mediocridad; su «filosofía» estableció el valor de la *sensación*; su política, el del *negocio*. El empirismo fue su respuesta a las lucubraciones del Continente; el Parlamento, su desafío a la utopía, a la patología heroica.

Ningún equilibrio político es posible sin nulidades de buena calidad. ¿Quién provoca las catástrofes? Los maniáticos de la agitación, los impotentes, los insomnes, los artistas fracasados que han llevado corona, sable o uniforme, y más aún que todos ellos, los optimistas, aquellos que *esperan* a costa de los demás.

*

No es elegante abusar de la mala suerte; algunos individuos, lo mismo que algunos pueblos, se complacen tanto en ella que desprestigian a la tragedia.

*

Los espíritus lúcidos, para dar un carácter oficial a su desaliento e imponérselo a los demás, deberían constituir una *Liga del Desengaño*. Quizá lograrían así atenuar la presión de la historia, hacer el futuro facultativo...

*

Uno tras otro, he adorado y execrado a numerosos pueblos; jamás se me ha ocurrido renegar del español que hubiera deseado ser...

*

I.— Instintos vacilantes, creencias podridas, manías y chocheces. Por todas partes conquistadores jubilados, rentistas del heroísmo, frente a jóvenes Alaricos que acechan a las nuevas Romas; por todas partes, paradojas de linfáticos. En el pasado, las ocurrencias de salón atravesaban los países, desconcertaban a la estupidez o la aguzaban. Europa, coqueta e intratable, se encontraba en la flor de la edad; decrepita hoy, a nadie excita ya. Los bárbaros, sin embargo, esperan aún heredar sus galas y se irritan ante su larga agonía.

II.— Francia, Inglaterra, Alemania; Italia quizás. El resto... ¿Por qué causa se detiene una civilización? ¿Por qué la pintura holandesa o la mística española sólo florecieron un instante? ¡Cuántas naciones han sobrevivido a su genio! Su ocaso es por ello trágico; el de Francia, Alemania e Inglaterra procede, sin embargo, de un irreparable interno, del fin de un proceso, de un deber cumplido; es natural, explicable, justo; ¿podría ser de otra manera? Son países que han prosperado y se han arruinado juntos, por espíritu de competencia, de fraternidad y de odio; mientras tanto, en el resto del globo, el hampa nuevo almacenaba energías, se multiplicaba y esperaba.

Tribus de instintos imperiosos se aglutinan para formar una gran potencia; llega el momento en que, resignados y agotados, ya sólo aspiran a un papel subalterno. Cuando se cesa de invadir, se acepta ser invadido. El drama de Aníbal fue haber nacido demasiado pronto; algunos siglos más tarde hubiera encontrado abiertas las puertas de Roma. El Imperio estaba vacante, como la Europa de hoy.

III.— Hemos saboreado todos el mal de Occidente. Sabemos demasiado del arte, del amor, de la religión, de la guerra, como para creer aún en algo; hemos perdido además tantos siglos en ello... La época de la *perfección* en la plenitud está terminada. ¿La materia de los poemas? Extenuada. ¿Amar? Hasta la chusma repudia al «sentimiento». ¿La piedad? Registrad las catedrales: ya no se arrodillan en ellas más que los ineptos. ¿Quién desea aún combatir? El héroe está superado; únicamente la carnicería impersonal sigue de moda. Somos fantoches clarividentes, ya sólo capaces de hacer muecas ante lo irremediable.

¿Occidente? Una *posibilidad* sin futuro.

IV.— No pudiendo defender nuestras frivolidades contra los músculos, seremos cada día menos utilizables para cualquier fin: el primero que llegue nos maniatará. Contémplese a Occidente: desborda de saber, de deshonor y de pereza. En esto tenían que acabar los cruzados, los conquistadores, los piratas, en el estupor de una misión cumplida.

Cuando Roma replegaba sus legiones, ignoraba la Historia y las lecciones de los crepúsculos. No es ése nuestro caso. ¡Qué terrible Mesías nos aguarda...!

*

Quien por distracción o incompetencia detenga, aunque sólo sea un momento, la marcha de la humanidad será su salvador.

*

Occidente progresa: ostenta tímidamente su chochez —envidia menos a quienes, habiendo visto zozobrar a Roma, creían gozar de una desolación única, intransmisible.

*

Las verdades del humanismo, la confianza en el hombre y el resto ya sólo poseen un vigor de ficciones, una prosperidad de sombras. Occidente era esas verdades; ya no es más que esas ficciones, esas sombras. Tan miserables como ellas, no puede verificarlas. Las arrastra, las expone, pero ya no las *impone*; han dejado de ser *amenazadoras*. De la misma manera, quienes se aferran al humanismo se sirven de un vocablo agotado, sin soporte afectivo, de un vocablo espectral.

*

Después de todo, quizás este continente no haya jugado aún su última carta. ¿Y si se dedicara a desmoralizar al resto del mundo, a propagar su pestilencia? —Sería una manera de conservar su prestigio, de fascinar todavía.

*

En el futuro, si la humanidad debe comenzar de nuevo, lo hará con sus desechos, con la basura de todas partes, con la morralla de los continentes; aparecerá una

civilización caricaturesca, a la cual quienes produjeron la verdadera asistirán impotentes, humillados, postrados, para acabar refugiándose en la idiotez, donde olvidarán el esplendor de sus desastres.

El circo de la soledad

I

Nadie puede conservar su soledad si no sabe hacerse odioso.

*

Vivo únicamente porque puedo morir cuando quiera: sin la *idea* del suicidio, hace tiempo que me hubiera matado.

*

El escepticismo que no contribuye a la ruina de la salud no es más que un ejercicio intelectual.

*

Alimentar en la miseria una ira de tirano, ahogarse bajo una crueldad contenida, odiarse a sí mismo a falta de subordinados a quienes masacrar, de imperio al que aterrorizar, ser un Tiberio hambriento...

*

Lo que irrita en la desesperación es su legitimidad, su evidencia, su «documentación»: puro reportaje. Considérese por el contrario, la esperanza, su generosidad *en el error*, su manía de fantasear, su rechazo del acontecimiento: una aberración, una ficción. Y es en esa aberración en lo que consiste la vida y de esa ficción de lo que se alimenta.

*

¿César? ¿Don Quijote? ¿A cuál de los dos, presuntuosamente, quería yo parecerme? Poco importa. El hecho es que un día partí desde una región lejana a la conquista del mundo, de todas las perplejidades del mundo...

*

Cuando desde mi buhardilla contemplo la ciudad, me parece que en ella tan honrado es ser sacristán como proxeneta.

*

Si debiera renunciar a mi diletantismo, me especializaría en el aullido.

*

Deja uno de ser joven cuando ya no escoge a sus enemigos, cuando se contenta con los que tiene a mano.

*

Nuestro rencor proviene del hecho de haber quedado por debajo de nuestras posibilidades sin haber podido alcanzarnos a nosotros mismos. Y eso nunca se lo perdonaremos a *los demás*.

*

A la deriva en lo Indeterminado, me aferro al menor pesar como a un salvavidas.

*

¿Queréis multiplicar los desequilibrios, agravar los trastornos mentales, construir manicomios en cada rincón de la ciudad?

Prohibid el *juramento*.

Comprenderéis entonces sus virtudes liberadoras, su función terapéutica, la superioridad de su método frente al del psicoanálisis, las gimnasias orientales o la Iglesia. Comprenderéis sobre todo que gracias a sus maravillas, a su auxilio constante, la mayor parte de nosotros no somos criminales o estamos locos.

*

Nacemos con tal capacidad de ilusión que otros diez planetas no podrían agotarla

—la Tierra lo logra naturalmente.

*

Levantarse como un taumaturgo resuelto a poblar su jornada de milagros, y caer de nuevo en la cama para rumiar hasta la noche penas de amor y de dinero...

*

He perdido en contacto con los hombres todo el frescor de mis neurosis.

*

Nada delata tanto al vulgar como su rechazo a ser decepcionado.

*

Cuando me encuentro en la miseria, me esfuerzo en imaginar *el cielo de la luz sonora* que constituye, según el budismo japonés, una de las etapas que debe superar el sabio para triunfar sobre el mundo —y sobre el dinero, añadiría yo.

*

La peor de las calumnias es la que concierne a nuestra pereza, la que discute su autenticidad.

*

En mi infancia, mis amigos y yo nos divertíamos mirando trabajar al enterrador. A veces nos dejaba un cráneo con el que jugábamos al fútbol. Era para nosotros un placer que ningún pensamiento fúnebre empañaba.

Durante muchos años viví en un ambiente de curas que habían impartido miles de extremaunciones; a pesar de ello, no conocí ninguno a quien la Muerte intrigara. Más tarde comprendí que el único cadáver del que se puede sacar algún provecho es el que *se prepara* en nosotros.

*

Sin Dios todo es Nada. ¿Y Dios? Nada suprema.

II

El deseo de morir fue mi única preocupación; renuncié a todo por él, incluso a la muerte.

*

En cuanto un animal se trastorna, comienza a parecerse al hombre. Observad a un perro furioso o abúlico: parece como si esperara a su novelista o a su poeta.

*

Toda experiencia profunda se formula en términos de fisiología.

*

La lisonja transforma a una persona de carácter en una marioneta, y bajo la influencia de su dulzura, los ojos más vivos adquieren durante un instante expresión bovina. Insinuándose más allá de la enfermedad y alterando a la vez las glándulas, las entrañas y el espíritu, es la única arma de la que disponemos para dominar a nuestros semejantes, para pervertirlos y corromperlos.

*

En el pesimista se conciertan una bondad ineficaz y una maldad insatisfecha.

*

Por necesidad de recogimiento me he librado de Dios, me he desembarazado del último *pesado*.

*

Cuantas más desgracias sufrimos, más fútiles nos volvemos: ellas cambian hasta nuestra manera de andar. Nos invitan a pavonearnos, ahogan en nosotros a la persona para despertar al *personaje*.

... Si no hubiera sido por la impertinencia de creermelo el ser más desgraciado de la tierra, hace tiempo que me habría hundido.

*

Constituye una gran injuria contra el hombre pensar que para destruirse necesita una ayuda, un destino... ¿No ha gastado ya lo mejor de su talento en liquidar su propia leyenda? En ese rechazo de durar, en ese horror de sí mismo, reside su excusa, como se decía antes, su «grandeza».

*

¿Por qué retirarnos, por qué abandonar la partida cuando nos quedan aún tantos seres a quienes *decepcionar*?

*

Cuando me dominan las pasiones, los accesos de fe, la intolerancia, bajaría de buena gana a la calle a luchar y morir como un militante de lo Vago, como un incondicional del Quizás...

*

Sueñas con incendiar el universo y ni siquiera has logrado comunicar tu fuego a las palabras, ni siquiera has conseguido *encender* una sola...

*

Derrochado mi dogmatismo en juramentos, ¿qué puedo hacer sino ser escéptico?

*

Justo en medio de importantes estudios, descubrí que iba a morir un día...; mi modestia desapareció de golpe. Convencido de que no me quedaba nada que aprender, los abandoné para poner al mundo al corriente de tan extraordinario descubrimiento.

*

Espíritu positivo descarriado, el Destructor cree ingenuamente que merece la pena demoler las verdades. Es un técnico al revés, un pedante del vandalismo, un evangelista extraviado.

*

Envejeciendo aprendemos a convertir nuestros terrores en sarcasmos.

*

Dejad de pedirme mi programa: ¿acaso *respirar* no es uno?

*

La mejor manera de alejarnos de los demás es invitarles a gozar de nuestros fracasos; así luego estamos seguros de odiarles para el resto de nuestros días.

*

—Debería usted trabajar, ganarse la vida, concentrar sus fuerzas.

—¿Mis fuerzas? Las he malgastado, las he empleado todas en borrar de mí los vestigios de Dios... Y ahora me encuentro *desocupado* para siempre.

*

Todo acto halaga a la hiena que hay en nosotros.

*

En lo más profundo de nuestros desfallecimientos, percibimos de repente la esencia de la muerte; percepción límite, rebelde a la expresión; desconcierto

metafísico que las palabras no pueden perpetuar. Ello explica por qué, en este tema, las interjecciones de una vieja analfabeta nos iluminan más que la jerga de un filósofo.

*

La naturaleza creó a los individuos para aliviar al Dolor, para ayudarlo a dispersarse a costa de ellos.

*

Mientras que para asociar al placer la conciencia del placer se necesita la sensibilidad de un desollado vivo o una larga tradición de vicio, el dolor y la conciencia del dolor se confunden hasta en el imbécil.

*

Escamotear el sufrimiento, degradarlo en voluptuosidad —superchería de la introspección, maniobra de los delicados, diplomacia del gemido.

*

Sólo se descubre un sabor a los días cuando se escapa a la obligación de poseer un destino.

*

Cuanto más indiferentes me son las personas, más me turban; y cuanto más las desprecio, menos puedo acercarme a ellas sin tartamudear.

*

Si exprimiéramos el cerebro de un loco, el líquido obtenido parecería almíbar al lado de la hiel que segregan algunas tristezas.

*

Que nadie intente vivir sin haber hecho su aprendizaje de víctima.

*

Más que una reacción de defensa, la timidez es una *técnica*, perfeccionada sin cesar por la megalomanía de los incomprendidos.

*

Cuando no hemos tenido la suerte de poseer padres alcohólicos, debemos emborracharnos toda la vida para compensar la abrumadora herencia de sus virtudes.

*

¿Se puede hablar honestamente de otra cosa que de Dios o de sí mismo?

III

El olor de la criatura nos pone sobre la pista de una divinidad fétida.

*

Si la Historia tuviera una finalidad, qué lamentable sería el destino de quienes no hemos hecho nada en la vida. Pero en medio del absurdo general, nos alzamos triunfadores, piltrafas ineficaces, canallas orgullosos de haber tenido razón.

*

Qué desasosiego cuando, inseguros de nuestras dudas, nos preguntamos: ¿serán verdaderamente dudas?

*

Quien no haya contradicho nunca sus instintos, quien nunca se haya impuesto un largo período de ascetismo sexual o desconozca por completo las depravaciones de la abstinencia, será completamente ajeno tanto al lenguaje del crimen como al del éxtasis: jamás comprenderá las obsesiones del marqués de Sade o las de San Juan de la Cruz.

*

Cualquier sumisión, aunque sea al deseo de morir, desenmascara nuestra fidelidad a la impostura del «yo».

*

Cuando sufráis la tentación del Bien, id a un mercado, escoged entre la muchedumbre a la vieja más desvalida y atropellada. Una vez excitada su

locuacidad, miradla sin responder, para que, gracias al estremecimiento que da el abuso del adjetivo, pueda conocer al fin un momento de aureola.

*

¿Por qué deshacerse de Dios para refugiarse en sí mismo? ¿Por qué esa sustitución de carroñas?

*

El mendigo es un pobre que, ansioso de aventuras, ha abandonado la pobreza para explorar las junglas de la piedad.

*

No se pueden evitar los defectos de los hombres sin huir al mismo tiempo de sus virtudes. De ahí que la sensatez nos destruya.

*

Sin la esperanza de un dolor aún mayor, no podría soportar éste de ahora, aunque fuese infinito.

*

Esperar es *desmentir* el futuro.

*

Desde siempre, Dios ha escogido todo por nosotros, hasta nuestras corbatas.

*

Ninguna acción, ningún éxito es posible sin una atención total a las causas *secundarias*.

La «vida» es una ocupación de insecto.

*

La tenacidad que he empleado en combatir la magia del suicidio me hubiera bastado ampliamente para lograr la salvación, para pulverizarme en Dios.

*

Cuando ya nada nos estimula, disponemos aún de la «angustia». No pudiendo prescindir de ella, la perseguimos tanto en la diversión como en la oración. Y tanto tememos que nos falte, que «la angustia nuestra de cada día dánosla hoy» se convierte en la jaculatoria de nuestras esperas y de nuestras imploraciones.

*

Por muy íntima que sea nuestra relación con las actividades del espíritu, no podemos *pensar* más de dos o tres minutos al día —a menos que por gusto o por oficio nos ejercitemos durante horas en brutalizar a las palabras para extraer de ellas ideas.

El *intelectual* representa la mayor desgracia, el fracaso culminante del Homo sapiens.

*

Si tengo la desfachatez de creerme en posesión de la verdad es porque nunca he amado nada sin a la vez odiarlo.

*

Por muy expertos en saciedad que nos creamos, continuaremos siendo la caricatura de nuestro precursor Jerjes. ¿No fue él quien prometió en edicto una recompensa a quien inventara una voluptuosidad nueva? —Ese fue el gesto más moderno de la antigüedad.

IV

Cuanto más *peligros* se corren, más se experimenta la necesidad de parecer superficial, de aparentar frivolidad, de multiplicar los malentendidos sobre uno mismo.

*

Pasada la treintena, los acontecimientos deberían interesarnos tanto como a un astrónomo el chismorreo.

*

Sólo el idiota está equipado para respirar.

*

Con la edad, disminuyen menos nuestras facultades intelectuales que esa *fuerza para desesperarse* de la que, jóvenes, no sabíamos apreciar el encanto ni la ridiculez.

*

Qué lástima que para llegar a Dios haya que pasar por la fe...

*

La vida, esa chulería de la materia.

*

Refutación del suicidio: ¿no es inelegante abandonar un mundo que tan

gustosamente se ha puesto al servicio de nuestra tristeza?

*

Aun emborrachándonos continuamente, no lograremos jamás la seguridad de ese Creso de manicomio que decía: «Me he comprado todo el aire para poder estar tranquilo, y me he instalado en él».

*

El malestar que sentimos frente a una persona ridícula proviene del hecho de que resulta imposible imaginarla en su lecho de muerte.

*

Sólo se suicidan los optimistas, los optimistas que ya no logran serlo. Los demás, no teniendo ninguna razón para vivir, ¿por qué la tendrían para morir?

*

¿Los temperamentos biliosos? Aquellos que se vengan en sus pensamientos de la alegría que derrocharon en su trato con los demás.

*

Lo ignoraba todo de ella; nuestra conversación tomó, sin embargo, un cariz inesperado: yo le hablaba del mar, ese comentario al Eclesiastés... Y cuál no sería mi sorpresa cuando, al final de mi perorata sobre la histeria de las olas, ella me dijo. «No está bien compadecerse de uno mismo».

*

¡Ay del acongojado que frente a sus insomnios no disponga más que de una reducida reserva de plegarias!

*

¿Es por simple azar que todos aquellos que me abrieron horizontes nuevos sobre

la muerte eran desechos de la sociedad?

*

Para el loco, cualquier chivo expiatorio es bueno. Él soporta sus desconciertos acusando; por parecerle que los objetos son tan culpables como los seres, aplasta a quien le viene en gana; el Delirio es una economía de expansión; —obligados a discriminar mejor, nos replegamos sobre nuestras derrotas, nos aferramos a ellas a falta de encontrar fuera su causa o su alimento; la sensatez nos impone una economía cerrada, una autarquía del fracaso.

*

«No conviene», me decía usted, «echar pestes sin cesar contra el orden de las cosas». —¿Es culpa mía si no soy más que un advenedizo de la neurosis, un Job en busca de una lepra, un Buda de pacotilla, un escita haragán y descarriado?

*

La sátira y el suspiro me parecen igualmente válidos. Tanto en un panfleto como en un *Ars moriendi*, todo es verdadero... Con el descaro de la conmiseración, adopto todas las verdades y todas las palabras.

«¡Serás objetivo!» —maldición del nihilista que *cree en todo*.

*

En el apogeo de nuestro asco, una rata parece haberse infiltrado en nuestro cerebro para soñar en su interior.

*

No son los preceptos del estoicismo los que nos mostrarán la utilidad de las afrentas o la seducción de las desgracias. Los manuales de insensibilidad son demasiado razonables. Por el contrario, ¡si todos hiciéramos nuestra experiencia de mendigos...! Vestirse con harapos, instalarse en una esquina, tender la mano a los transeúntes, soportar su desprecio o agradecer su limosna, ¡qué disciplina! O salir a la calle, insultar a desconocidos, hacerse abofetear...

Durante mucho tiempo frecuenté los tribunales con el solo fin de contemplar a los reincidentes, su superioridad sobre las leyes, su prisa por hundirse. Y sin embargo

parecen pobres miserables al lado de las ramerás, de la desenvoltura que muestran ellas frente al tribunal. Tanta indiferencia desconcierta: ningún amor propio, las injurias no les hacen sangrar, ningún adjetivo las hiere. Su cinismo es la forma de su honestidad. Una joven de diecisiete años, majestuosamente horrorosa, replica al juez que intenta arrancarle la promesa de no volver a frecuentar las aceras: «No puedo prometérselo, señor juez».

No medimos nuestras propias fuerzas más que en la humillación. Para consolarnos de las mortificaciones que no hemos sufrido, deberíamos infligírnoslas a nosotros mismos, escupir en el espejo esperando que el público nos honre con su saliva. ¡Que Dios nos preserve de un destino *distinguido*!

*

Tanto he mimado a la idea de fatalidad, a costa de tan grandes sacrificios la he alimentado, que ha acabado por encarnarse: de la abstracción que era, palpita ahora irguiéndose ante mí, aplastándome con toda la vida que le he dado.

Religión

Si creyera en Dios mi fatuidad no tendría límites: me pasearía desnudo por las calles...

*

Tanto recurrieron los santos a la facilidad de la paradoja, que es imposible no citarlos en las tertulias.

*

Cuando nos devora un apetito de sufrir tal que, para acabar con él, necesitaríamos miles de existencias, imaginamos bien de qué infierno ha debido surgir la idea de trasmigración.

*

Fuera de la materia, todo es música: Dios mismo no es más que una alucinación sonora.

*

Buscar los antecedentes de un suspiro nos puede llevar al instante anterior —o al sexto día de la Creación.

*

Sólo el órgano nos hace comprender de qué manera la eternidad puede *evolucionar*.

*

Esas noches en que ya no podemos progresar en Dios, en que lo hemos recorrido en todos los sentidos, en que lo hemos desgastado a fuerza de pisotearlo, esas noches de las que emergemos con la idea de arrojarlo al basurero... de enriquecer al mundo con un desperdicio.

*

Sin la vigilancia de la ironía, ¡qué fácil sería fundar una religión! Bastaría dejar a los mirones agruparse en torno de nuestros trances locuaces.

*

No es Dios, sino el Dolor, quien disfruta de las ventajas de la ubicuidad.

*

En los momentos cruciales de la vida, la ayuda del cigarro es más eficaz que la de los Evangelios.

*

El gran pecado del cristianismo es haber corrompido al escepticismo. Un griego jamás hubiera asociado el gemido a la duda. Retrocedería horrorizado ante Pascal y más aún ante la inflación del alma que, desde la época de la Cruz, desvaloriza al espíritu.

*

Cuenta Suso que, con un estilete, se grabó en el pecho, en el lado del corazón, el nombre de Jesús. No sangró en vano: poco después una luz emanaba de su llaga.

¡Que no sea yo más fuerte en mi incredulidad, que no pueda yo, inscribiendo en mi carne otro nombre, el de Satanás, servirle de enseña luminosa...!

*

Quise establecerme en el Tiempo; pero era inhabitable. Cuando me volví hacia la Eternidad, perdí pie.

*

Llega siempre el momento en que cada uno se dice: «O Dios o yo»; y entabla un combate del que los dos salen disminuidos.

*

El secreto de un ser coincide con los sufrimientos que espera.

*

No conociendo, en materia de experiencia religiosa, más que las inquietudes de la erudición, el hombre moderno *sopesa* el Absoluto, estudia sus variedades y reserva sus estremecimientos a los mitos —esos vértigos para conciencias historiadoras. Habiendo dejado de rezar, se comenta la plegaria. Ninguna exclamación ya, sólo teorías. La Religión boicotea la fe. En el pasado, con amor u odio, los hombres se aventuraban en Dios, quien, de Nada inagotable que era, no es ya —para desesperación de místicos y ateos— más que un *problema*.

*

Como todo iconoclasta, he destrozado mis ídolos para consagrarme a sus restos.

*

La santidad me hace temblar: esa injerencia en las desgracias ajenas, esa barbarie de la caridad, esa piedad *sin escrúpulos*...

*

¿De dónde nos viene la obsesión del Reptil? ¿No será de nuestro temor a una última tentación, a una caída próxima, y esta vez irreparable, que nos haga perder hasta la *memoria* del Paraíso?

*

Esa época en que al levantarme escuchaba una marcha fúnebre que tarareaba todo el día y que, por la noche, desgastada, se desvanecía en *himno*...

*

Ser más inutilizable que un santo...

*

En plena nostalgia de la muerte, se abate sobre nosotros una flojedad tan grande, se lleva a cabo en nuestras venas una mortificación tal, que olvidamos la muerte para no pensar más que en la química de la sangre.

*

La Creación fue el primer acto de sabotaje.

*

Confabulado con el Abismo y furioso de no poder escapar de él, el incrédulo despliega un ardor místico para construir un mundo tan desprovisto de profundidad como un ballet de Rameau.

*

En el Antiguo Testamento se sabía intimidar al Cielo, se le amenazaba con el puño: la plegaria era una disputa entre la criatura y su creador. Para reconciliarlos llegó el Evangelio: ése fue el error imperdonable del cristianismo.

*

Quien vive sin memoria no ha salido aún del Paraíso: las plantas continúan deleitándose en él. Ellas no fueron condenadas al Pecado, a esa imposibilidad de *olvidar*: pero nosotros, remordimientos ambulantes, etc., etc.

(¡Echar de menos al Paraíso! —Imposible estar más pasado de moda, exagerar más la pasión por lo caduco o el provincialismo).

*

«Señor, sin ti estoy loco, pero más loco aún contigo». Ese sería, en el mejor de los casos, el resultado de la reanudación del contacto entre el fracasado de abajo y el fracasado de arriba.

*

El gran crimen del Dolor es haber *organizado* el Caos, haberlo convertido en universo.

*

¡Qué tentación las iglesias, si en lugar de fieles hubiera únicamente en ellas esas crispaciones de Dios que el órgano nos revela!

*

Cuando rozo el Misterio sin poder reírme de él, me pregunto para qué sirve esa vacuna contra lo absoluto que es la lucidez.

*

¡Cuántos problemas para instalarse en el desierto! Más espabilados que los primeros ermitaños, hemos aprendido a buscarlo en nosotros mismos.

*

He merodeado como un soplón alrededor de Dios; incapaz de implorarlo, le he espiado.

*

Hace dos mil años que Jesús se venga de nosotros por no haber muerto en un canapé.

*

A los diletantes les trae sin cuidado Dios; los locos y los borrachos, esos grandes especialistas de la divinidad, hacen de él el objeto de sus cavilaciones.

Nosotros debemos a un resto de juicio el privilegio de ser aún superficiales.

*

Eliminar de sí las toxinas del tiempo para guardar las de la eternidad, ésa es la puerilidad del místico.

*

La posibilidad de renovarse mediante la herejía confiere al creyente una neta superioridad sobre el ateo.

*

Jamás se cae más bajo que cuando se echa de menos a los ángeles..., excepto cuando se desea rezar hasta la licuación del cerebro.

*

Más aún que la religión, el cinismo comete el error de conceder demasiada importancia al hombre.

*

Entre los franceses y Dios se interpone la astucia.

*

Examiné como es debido todos los argumentos favorables a Dios: su inexistencia quedó para mí intacta. Él posee el talento de hacerse desmentir por toda su obra; sus defensores le hacen odioso; sus adoradores, sospechoso. Quien tema amarle no tiene más que abrir a Santo Tomás...

Recuerdo a ese catedrático rumano que interrogaba a una de sus alumnas sobre las pruebas de la existencia de Dios; ella le cita los argumentos histórico, ontológico, etc., apresurándose a añadir que no cree en ellos. El profesor se enfada, repite una a una las pruebas; ella se encoge de hombros, persiste en su incredulidad. Entonces el profesor se levanta, *rojo* de fe: «Señorita, le doy a usted mi palabra de honor que Dios existe».

... Argumento que por sí solo vale lo que todas las Sumas teológicas.

¿Y qué decir de la Inmortalidad? Querer elucidarla, o simplemente abordarla, es signo de aberración o de camelo. Sin embargo, no por ello dejan los tratados de exponer su imposible fascinación. Si hemos de creerlos, no tenemos más que fiarnos de algunas deducciones hostiles al Tiempo para hallarnos de pronto provistos de eternidad, indemnes de polvo, exentos de agonía.

Pero no son esas estupideces las que me han hecho dudar de mi precariedad. Cuánto, en cambio, me han turbado las meditaciones de un viejo amigo mío, músico

ambulante y loco... Como todos los desequilibrados, se planteaba problemas y había «resuelto» alguno. Un día, tras haber recorrido las terrazas de los cafés, vino a interrogarme sobre... la inmortalidad. «Es impensable», le respondí, a la vez seducido e irritado por sus ojos inactuales, sus arrugas y sus harapos. Una certeza le animaba: «Te equivocas si no crees en ella; si no crees, no sobrevivirás. Yo estoy seguro de que la muerte no podrá nada contra mí. Además, a pesar de lo que tú dices, todo tiene alma. ¿Has visto a los pájaros revolotear en las calles y de repente elevarse por encima de las casas para *contemplar* a París? ¡Cómo no van a tener alma, cómo un pájaro podría morir...!».

*

De todo lo concebido por los teólogos, las únicas páginas legibles, las únicas palabras verdaderas, son las dedicadas al Diablo. Su tono cambia y se aviva su elocuencia cuando, dando la espalda a la luz, se consagran a las Tinieblas. Se diría que vuelven a su elemento, que lo descubren de nuevo. Al fin pueden odiar, por fin les está permitido; se acabó el ronroneo sublime o la salmodia edificante. El odio puede ser abyecto; extirparlo es, sin embargo, más peligroso que abusar de él. La Iglesia ha sabido evitar a los suyos, sabiamente tales riesgos; para que puedan satisfacer sus instintos, los excita contra el Demonio; ellos se aferran a él y le roen: por fortuna es un hueso inagotable... Si se lo quitaran, sucumbirían al vicio o a la apatía.

*

Para recobrar su autoridad sobre la gente, el catolicismo necesita un papa furibundo, carcomido de contradicciones, impartidor de histeria, dominado por una rabia de hereje, un bárbaro a quien no le estorben dos mil años de teología.

En Roma y en el resto de la cristiandad, ¿se han agotado ya completamente las reservas de demencia? Desde finales del siglo XVI, la Iglesia, humanizada, no produce más que cismas de segundo orden, santos vulgares, excomuniones irrisorias. Y si un loco no lograra salvarla, al menos podría precipitarla en otro abismo.

*

Incluso cuando creemos haber desalojado a Dios de nuestra alma, continúa vegetando en ella. Pero sentimos que allí se aburre: no tenemos la fe suficiente para divertirlo...

*

¿Qué auxilio puede ofrecer la religión al creyente decepcionado por Dios y por el Diablo?

*

¿Por qué deponer las armas, por qué capitular, si aún no he vivido todas mis contradicciones, si conservo todavía la esperanza de un nuevo *callejón sin salida*?

*

Con qué urgencia me descristianizo desde siempre...

*

Toda creencia nos vuelve insolentes; recién adquirida, aviva nuestros turbios instintos; a quienes no la comparten les consideramos fracasados e incapaces, no mereciendo de nuestra parte más que piedad y desprecio.

Observad al neófito en política y sobre todo en religión, a todos aquellos que han logrado interesar a Dios en sus marrullerías, los convertidos, los nuevos ricos del Absoluto. Comparad su impertinencia con la modestia y los buenos modales de quienes pierden la fe y las convicciones...

*

En las fronteras del ser: «Nadie sabrá nunca todo lo que he sufrido y sufro, ni siquiera yo mismo».

*

Cuando, por apetito de soledad, hemos roto nuestros lazos con los demás, el Vacío nos embarga: nos quedamos sin nadie a nuestra disposición. ¿A quién liquidar ahora? ¿Dónde encontrar una víctima duradera? —Semejante perplejidad nos abre a Dios: al menos con Él estamos seguros de poder romper indefinidamente...

Vitalidad del amor

Sólo se entregan al hastío las naturalezas eróticas, decepcionadas de antemano por el amor.

*

Un amor que se desvanece es una experiencia filosófica tan grave que de un peluquero hace un émulo de Sócrates.

*

¿El arte de amar? Saber unir a un temperamento de vampiro la discreción de una anémona.

*

En la búsqueda del tormento, en la obstinación de sufrir únicamente el celoso puede competir con el mártir. Sin embargo, se canoniza a uno y se ridiculiza al otro.

*

¿Por qué la «carroza fúnebre del Matrimonio» (*the Marriage hearse*)? ¿Por qué no la carroza fúnebre del Amor? —¡Qué lamentable la restricción de Blake!

*

Dichosos Onán, Sade, Masoch... Sus nombres, lo mismo que sus proezas, no envejecerán jamás.

*

Vitalidad del Amor: es cometer una gran injusticia denigrar un sentimiento que ha sobrevivido al romanticismo y al bidé.

*

Quien se mata por una criada vive una experiencia más completa y profunda que

el héroe que conmueve al mundo.

*

¿Quién abusaría de la sexualidad sin la esperanza de perder en ella la razón algo más de un segundo, para el resto de sus días?

*

Sueño a veces con un amor lejano y vaporoso como la esquizofrenia de un perfume...

*

Sentir el cerebro: fenómeno tan nefasto para el pensamiento como para la virilidad.

*

Enterrar la frente entre dos senos, entre dos continentes de la Muerte...

*

Un monje y un carnicero se pelean dentro de cada deseo.

*

Sólo las pasiones simuladas, los delirios fingidos, tienen algo que ver con el espíritu, con el respeto de uno mismo; los sentimientos *sinceros* suponen una falta de consideración hacia sí mismo.

*

Feliz en amor, Adán nos hubiera ahorrado la Historia.

*

Siempre he pensado que Diógenes debió sufrir algún desengaño amoroso en su

juventud: nadie escoge la vía del sarcasmo sin la ayuda de una enfermedad venérea o de una mujer intratable.

*

Hay hazañas que sólo nos perdonamos a nosotros mismos: si imagináramos a los demás en el punto culminante de cierto gruñido, nos sería imposible volver a tenderles la mano.

*

La carne es incompatible con la caridad: el orgasmo transformaría a un santo en un lobo.

*

Tras las metáforas, la farmacia. —Así se desmoronan los grandes sentimientos.

*

¡Comenzar poeta y acabar ginecólogo! De todas las condiciones, la menos envidiable es la de amante.

*

Se declara la guerra a las glándulas y se prosterna uno ante el tufo de una furcia... ¿Qué puede el orgullo contra la liturgia de los olores, contra el incienso zoológico?

*

Puedo comprender y justificar todas las anomalías, tanto en amor como en todo; pero que haya impotentes entre los imbéciles, eso es algo que no me cabe en la cabeza.

*

La sexualidad: desmán de los cuerpos, cirugía y cenizas, bestialidad de un ex-santo, estrépito de un risible e inolvidable desmoronamiento...

*

En la voluptuosidad, lo mismo que en el pánico, regresamos a nuestros orígenes; el chimpancé, injustamente relegado, alcanza al fin la gloria —mientras dura un grito.

*

Una pizca de ironía en la sexualidad falsea su ejercicio y convierte a quien la practica en un «bromista» de la Especie.

*

Dos víctimas atareadas, maravilladas de su suplicio, de su sudor sonoro. ¡A qué ceremonial nos obligan la gravedad de los sentidos y la seriedad del cuerpo!

*

Reventar de risa en pleno estertor —única manera de desafiar las prescripciones de la sangre, las solemnidades de la biología.

*

¿Quién no ha escuchado las confidencias de algún pobre diablo al lado del cual Tristán parecería proxeneta?

*

La dignidad del amor consiste en el afecto desengañado que sobrevive a un instante de baba.

*

Si los impotentes supieran lo maternal que ha sido con ellos la naturaleza, bendecirían el sueño de sus glándulas y se vanagloriarían de él por las calles.

*

Desde que Schopenhauer tuvo la descabellada idea de introducir la sexualidad en

la metafísica, y Freud la de sustituir el equívoco picante por una seudociencia de nuestros trastornos, es admisible que cualquiera nos hable de la «significación» de sus proezas, de sus timideces y de sus logros. Así comienzan todas las confidencias y acaban todas las conversaciones. Dentro de poco nuestras relaciones con los demás se reducirán al registro de sus orgasmos efectivos o inventados... Es el destino de nuestra raza, devastada por la introspección y la anemia: reproducirse a través de la palabra, hacer alarde de sus noches, exagerar sus desfallecimientos y sus triunfos.

*

Cuanto más de vuelta de todo está uno, más se arriesga, en caso de enamorarse, a reaccionar como una modistilla.

*

Dos vías se ofrecen al hombre y a la mujer: la ferocidad o la indiferencia. Todo indica que tomarán la segunda, que entre ellos no habrá ni ajuste de cuentas ni ruptura, sino que continuarán alejándose el uno del otro, que la pederastia y el onanismo, propuestos en las escuelas y los templos, se extenderán a las masas, que un montón de vicios abolidos volverán a estar vigentes, y que procedimientos científicos sustituirán al rendimiento del espasmo y a la maldición de la pareja.

*

Mezcla de anatomía y de éxtasis, apoteosis de lo insoluble, alimento ideal para la bulimia de la decepción, el Amor nos conduce hacia hampas de gloria...

*

A pesar de todo, continuamos amando; y ese «a pesar de todo» cubre un infinito.

Sobre la música

Nacido con un alma normal, le pedí otra a la música: fue el comienzo de desastres maravillosos...

*

Sin el imperialismo del concepto, la música hubiera sustituido a la filosofía: habría sido entonces el paraíso de la evidencia inexpresable, una epidemia de éxtasis.

*

Beethoven vició la música: introdujo en ella los cambios de humor, dejó que penetrara en ella la *cólera*.

*

Sin Bach, la teología carecería de objeto, la Creación sería ficticia, la nada perentoria.

Si alguien debe todo a Bach es sin duda Dios.

*

¡Qué son todas las melodías al lado de la que ahoga en nosotros la doble imposibilidad de vivir y morir...!

*

¿Para qué releer a Platón cuando un saxofón puede hacernos entrever igualmente otro mundo?

*

Sin medios de defensa contra la música, estoy obligado a sufrir su despotismo y, según su capricho, a ser dios o guiñapo.

*

Hubo un tiempo en que, no logrando concebir una eternidad que pudiera separarme de Mozart, no temía la muerte. Lo mismo me sucedió con cada músico, con toda la música...

*

Chopin elevó el piano al rango de la tisis.

*

El universo sonoro: onomatopeya de lo inefable, enigma desplegado, infinito percibido e inaccesible... Cuando se sufre su seducción, ya sólo se concibe el proyecto de hacerse embalsamar en un suspiro.

*

La música es el refugio de las almas ulceradas por la dicha.

*

Toda música verdadera nos hace *palpar* el tiempo.

*

El infinito *actual*, paradoja para la filosofía, es la realidad, la esencia misma de la música.

*

Si hubiera sucumbido a los halagos de la música, a sus llamadas, a todos los universos que ella ha suscitado y destruido en mí, hace tiempo que, por orgullo, habría perdido la razón.

*

La aspiración del Norte hacia otro cielo engendró la música alemana —geometría de otoños, alcohol de conceptos, ebriedad metafísica.

A la Italia del siglo pasado —feria de sonidos— le faltó la dimensión de la noche,

el arte de expresar las sombras para extraer su esencia.

Hay que escoger entre Brahms o el Sol...

*

La música, sistema de adioses, evoca una física cuyo punto de partida no serían los átomos sino las lágrimas.

*

Quizás esperé demasiado de la música, quizás no tomé las precauciones necesarias contra las acrobacias de lo sublime, contra el charlatanismo de lo inefable...

*

De algunos andantes de Mozart se desprende una desolación etérea, como un sueño de funerales en otra vida.

*

Cuando ni siquiera la música es capaz de salvarnos, un puñal brilla en nuestros ojos; ya nada nos sostiene, a no ser la fascinación del crimen.

*

¡Cuánto me gustaría morir por la música, como castigo por haber dudado de la soberanía de sus hechizos!

Vértigo de la historia

En la época en que la humanidad, apenas desarrollada, se ejercitaba ya en la desgracia, nadie la hubiera creído capaz de poder producirla en serie un día.

*

Si Noé hubiera poseído el don de adivinar el futuro, habría sin duda naufragado.

*

La trepidación de la historia compete a la psiquiatría, lo mismo que todos los móviles de la acción: *moverse* es carecer de juicio, exponerse a la camisa de fuerza.

*

Los acontecimientos, tumores del Tiempo...

*

EVOLUCIÓN: Prometeo sería hoy diputado de oposición.

*

La hora del crimen no suena para todos los pueblos al mismo tiempo. Así se explica la duración de la historia.

*

La ambición de cada uno de nosotros es sondear lo Peor, ser un profeta perfecto. Desgraciadamente hay tantas calamidades en las que no hemos pensado...

*

Contrariamente a los demás siglos, que practicaron la tortura con negligencia, éste, más exigente, le aporta un deseo de purismo que honra a nuestra crueldad.

*

Toda indignación, desde la simple queja hasta la revuelta luciferina, revela una interrupción en la evolución mental.

*

La libertad es el bien supremo solamente para aquellos a quienes anima la *voluntad* de ser herejes.

*

Decir: «prefiero tal régimen a tal otro» es flotar en lo vago; sería más exacto afirmar «prefiero tal policía a tal otra». Pues la historia, en efecto, se reduce a una clasificación de policías; porque, ¿de qué trata el historiador sino de la concepción del gendarme que se ha hecho el hombre a través de los tiempos?

*

Que no nos hablen más de pueblos sometidos, ni de su gusto por la libertad; los tiranos son siempre asesinados demasiado tarde: ésa es su gran excusa.

*

En las épocas apacibles, cuando odiamos por el placer de odiar, debemos buscarnos enemigos que nos acepten —deliciosa preocupación que nos ahorran las épocas agitadas.

*

El hombre *segrega* desastre.

*

Admiro a esos pueblos de astrónomos —caldeos, asirios, precolombinos— que a causa de su gusto por el cielo fracasaron en la historia.

*

Algunas generaciones más y la risa, reservada a los iniciados, será tan

impracticable como el éxtasis.

*

Pueblo auténticamente elegido, los gitanos no son responsables de ningún acontecimiento, de ninguna institución. Han triunfado sobre el mundo por su voluntad de no *fundar* nada en él.

*

Una nación se extingue cuando deja de reaccionar ante las charangas: la Decadencia es la muerte de la *trompeta*.

*

El escepticismo es el excitante de las civilizaciones jóvenes y el pudor de las viejas.

*

Las terapéuticas mentales pululan en los pueblos opulentos: la ausencia de angustias *inmediatas* provoca en ellos un clima mórbido. Para conservar su bienestar nervioso, una nación necesita una desgracia sustancial, un *objeto* de inquietud, un terror efectivo que justifique sus «complejos». Las sociedades se consolidan en el peligro y se atrofian en la neutralidad. Donde reinan la paz, la higiene y el confort, las psicosis se multiplican.

... Yo procedo de un país que, no habiendo conocido jamás la dicha, sólo ha producido un psicoanalista.

*

Los tiranos, una vez saciada su ferocidad, se vuelven bonachones; todo volvería a la normalidad si los esclavos, celosos, no pretendieran también saciar la suya. La aspiración del cordero a hacerse lobo origina la mayoría de los acontecimientos. Quien no tiene colmillos sueña con ellos; desea devorar a su vez y lo logra por la brutalidad del número.

La historia, *ese dinamismo de las víctimas*.

*

Por haber incluido a la inteligencia entre las virtudes y a la necesidad entre los vicios, Francia amplió el ámbito de la moral. De ahí su ventaja sobre las demás naciones, su vaporosa supremacía.

*

Se podría medir el grado de refinamiento de una civilización por el número de hepáticos, impotentes o neuróticos con que cuenta. —Pero ¿por qué limitarse a esos deficientes, cuando hay tantos otros que podrían testimoniar, por la carencia de sus vísceras o de sus glándulas, de la fatal prosperidad del Espíritu?

*

No encontrándole ninguna satisfacción a la vida, los biológicamente débiles se dedican a modificarla atacando sus principios.

¿Por qué no se aisló a los grandes reformadores tras los primeros *síntomas* de fe? ¿Y qué se esperó para encerrarlos en el manicomio o la prisión? A los doce años, el Galileo debió ser ya internado. La sociedad está mal organizada: no toma las medidas necesarias contra los delirantes que no mueren jóvenes.

*

El escepticismo imparte demasiado tarde sus bendiciones sobre nosotros, sobre nuestros rostros deteriorados por las convicciones, sobre nuestros rostros de hienas idealistas.

*

La ansiedad —o el fanatismo de lo peor.

*

Un libro sobre la guerra —el de Clausewitz— fue el libro de cabecera de Lenin y de Hitler. —¿Y nos preguntamos todavía por qué este siglo está condenado!

*

Para pasar de las cavernas a los salones, hemos necesitado un tiempo

considerable; ¿necesitaremos otro tanto para recorrer el camino inverso o quemaremos las etapas? —Pregunta inútil para quienes no *presienten* la prehistoria...

*

Todas las calamidades —revoluciones, guerras, persecuciones— provienen de un *equivoco* inscrito sobre una bandera.

*

Sólo los pueblos fracasados se aproximan al ideal «humano»; los otros, los que triunfan, llevan los estigmas de su gloria, de su atrocidad dorada.

*

En el espanto, somos víctimas de una *agresión* del Futuro.

*

Temo a los hombres políticos que no dan muestras de chochez.

*

Al poseer la iniciativa de sus miserias, las grandes naciones pueden variarlas a su antojo; las pequeñas están obligadas a soportar las que les imponen.

*

Cuando la plebe adopta un mito, contemos con una masacre o, peor aún, con una nueva religión.

*

Las acciones brillantes son propias de los pueblos que, ajenos a los placeres de la sobremesa, ignoran la poesía de los postres y las melancolías de la digestión.

*

Sin la asistencia del ridículo, ¿hubiera durado más de una generación la especie humana?

*

Hay más honestidad y rigor en las ciencias ocultas que en las filosofías que dan un «sentido» a la historia.

*

Este siglo me remite al comienzo de los tiempos, a los últimos días del Caos. Oigo gimotear a la materia; los gritos de lo inanimado atraviesan el espacio; mis huesos se hunden en las prehistorias mientras mi sangre fluye por las venas de los primeros reptiles...

*

Una mínima ojeada al itinerario de la civilización me da una presunción de Casandra.

*

¿La «liberación» del hombre? —Llegará el día en que, desembarazado de su manía finalista, haya comprendido el accidente de su aparición y la gratuidad de sus infortunios, el día en que todos nos agitemos como atormentados saltarines y doctos, y en que, incluso para el populacho, la «vida» se reduzca a una *hipótesis de trabajo*.

*

Quien no haya visto un burdel a las cinco de la mañana no puede imaginar hacia qué hastíos se encamina nuestro planeta.

*

La historia es *indefendible*. Reaccionemos ante ella con la inflexible abulia del cínico; o si no, pensemos como todo el mundo, caminemos con la turba de los rebeldes, de los asesinos y de los creyentes.

*

¿La «experiencia hombre» ha fracasado? Había fracasado ya con Adán. Sin embargo, es legítimo preguntar: ¿tendremos la suficiente inventiva para parecer aún innovadores, para *agravar* semejante descalabro?

Esperándolo, perseveremos en el error de ser hombres, comportémonos como farsantes de la Caída, seamos terriblemente frívolos.

*

Nada podría consolarme de no haber conocido el momento en que la tierra rompió con el sol, a no ser la perspectiva de conocer el instante en que el hombre romperá con la tierra.

*

Antes se pasaba con gravedad de una contradicción a otra; ahora sufrimos tantas a la vez que no sabemos ya por cuál interesarnos ni cuál resolver.

*

Racionalistas impenitentes, incapaces de acostumbrarnos al Destino o de comprender su sentido, nos consideramos el centro de nuestros actos y creemos naufragar *voluntariamente*. Si una experiencia capital se produce en nuestra vida, el destino, de impreciso y abstracto que era, adquiere para nosotros el prestigio de una sensación. Así, cada uno de nosotros penetra a su manera en lo Irracional.

*

Una civilización, al final de su camino, de la anomalía feliz que era pasa a marchitarse en regla, se alinea con naciones mediocres, se revuelca en el fracaso y hace de su destino su único problema. España es el modelo perfecto de esta forma de obsesión. Tras haber conocido en la época de los conquistadores una superhumanidad bestial, se dedicó a rumiar su pasado, se volcó sobre sus lagunas, dejó que se enmohecieran sus cualidades y su genio; en compensación, enamorada de su ocaso, lo adoptó como una nueva supremacía. Ese masoquismo histórico, ¿cómo no advertir que deja de ser una singularidad española para convertirse en el clima y la receta de la decadencia de todo un continente?

*

Hoy en día, en el tema de la caducidad de las civilizaciones un analfabeto podría rivalizar *en estremecimientos* con Gibbon, Nietzsche o Spengler.

*

¿El final de la historia, el fin del hombre? ¿Es serio pensar en ello? Son sucesos lejanos que la Ansiedad —ávida de desastres *inminentes*— desea a toda costa precipitar.

En las raíces del vacío

Creo en la salvación de la humanidad, en el porvenir del cianuro.

*

¿Superará el hombre algún día el golpe mortal que le ha dado a la vida?

*

No podría reconciliarme con las cosas, aunque cada instante tuviera que arrancarse al tiempo para besarme.

*

Sólo los espíritus agrietados poseen aberturas sobre el más allá.

*

¿Quién, buscándose en un espejo en plena oscuridad, no ha visto reflejados en él los crímenes que le *esperan*?

*

Sin poseer la facultad de exagerar nuestros males, nos sería imposible soportarlos. Atribuyéndoles proporciones inusitadas nos consideramos condenados escogidos, elegidos al revés, halagados y estimulados por la fatalidad.

Afortunadamente, en cada uno de nosotros existe un fanfarrón de lo Incurable.

*

Debemos reconsiderarlo todo, hasta los sollozos...

*

Cuando Esquilo o Tácito os parezcan demasiado tibios, abrid una *Vida de los insectos* —revelación de rabia y de inutilidad, infierno que, por suerte para nosotros, no tendrá nunca dramaturgo ni cronista. ¿Qué quedaría de nuestras tragedias si un

bicho instruido nos mostrara las suyas?

*

Sin actuar, sentís la fiebre de las hazañas; sin enemigo, libráis un combate agotador... Es la *tensión gratuita* de la neurosis, que daría hasta a un tendero escalofríos de general derrotado.

*

No puedo contemplar una sonrisa sin leer en ella: «Mírame por última vez».

*

¡Señor, ten piedad de mi sangre, de mi anemia en llamas!

*

¡Cuánta concentración, cuánto trabajo y tacto hacen falta para destruir nuestra *razón de ser*!

*

Cuando se me ocurre pensar que los individuos no son más que gotas de saliva que escupe la vida, y que la vida no vale mucho más frente a la materia, me dirijo hacia el primer bar que encuentro con la intención de no salir nunca más de él. Y sin embargo ni siquiera mil botellas me darían el gusto de la Utopía, de esa creencia en que algo es aún posible.

*

Todos nos confinamos en nuestro miedo —nuestra torre de marfil.

*

¿El secreto de mi adaptación a la vida? He cambiado de desesperación como de camisa.

*

En todo desvanecimiento se experimenta como una última sensación —en Dios.

*

Mi avidez de agonías me ha hecho morir tantas veces que me parece indecente abusar aún de un cadáver del que ya nada puedo sacar.

*

¿Por qué el «Ser» o cualquier otra palabra con mayúscula? «Dios» *sonaba* mejor. Teníamos que haberla conservado. Pues, ¿no deberían ser únicamente las razones de eufonía las que regularan el juego de las verdades?

*

En los estados de paroxismo sin causa, el cansancio es un delirio y el cansado el demiurgo de un subuniverso.

*

Cada día es un Rubicón en el que anhelo ahogarme.

*

En los sueños se manifiesta el loco que hay en cada uno de nosotros; tras haber regido nuestras noches, se duerme en las profundidades del ser, en el seno de la Especie; a veces, sin embargo, le oímos roncar en nuestros pensamientos.

*

Quien teme perder su melancolía, quien tiene miedo de superarla, con qué alivio constata que sus temores no tienen fundamento, que ella es incurable...

*

—¿De dónde le vienen a usted esos aires presuntuosos?

—He logrado sobrevivir a tantas noches en las que me preguntaba: ¿me mataré al alba?...

*

Ese instante en que creemos al fin haberlo comprendido *todo* nos da una apariencia de asesinos.

*

Desembocamos en lo irrevocable sólo a partir del momento en que ya no podemos renovar nuestros pesares.

*

Esas ideas que vuelan por el espacio y que, de repente, chocan contra las paredes de nuestro cráneo...

*

El insomnio es la única forma de heroísmo compatible con la cama.

*

Una naturaleza religiosa se define menos por sus convicciones que por la necesidad de prolongar sus sufrimientos más allá de la muerte.

*

Asisto aterrado a la disminución de mi odio por los hombres, a la pérdida del último vínculo que me unía a ellos.

*

¿La Verdad? Se halla en Shakespeare —un filósofo no podría apropiársela sin estallar con su sistema.

*

Para un joven ambicioso, no hay mayor desgracia que tratarse con expertos en hombres. Yo conocí tres o cuatro: ellos me *remataron* a los veinte años.

*

Cuando hemos agotado los pretextos que incitan a la alegría o a la tristeza, llegamos a vivirlas, ambas, en *estado puro*: nos igualamos así a los locos...

*

«Un solo pensamiento destinado a Dios vale más que el universo entero» (Catherine Emmerich). —Tiene razón la pobre santa...

*

Después de haber denunciado con tanta frecuencia la locura de la grandeza en los demás, ¿cómo podría yo, sin caer en el ridículo, creerme aún el hombre ineficaz por excelencia, el primero de los inútiles?

*

Sólo enloquecen los charlatanes y los taciturnos: quienes se vacían de todo misterio y quienes almacenan demasiado.

*

En el espanto —megalomanía al revés— nos volvemos el centro de un torbellino universal, mientras los astros piruetean a nuestro alrededor.

*

Cuando en el Árbol del Conocimiento una idea ha madurado, ¡qué voluptuosidad introducirse en ella para actuar como una larva, a fin de precipitar su caída!

*

Para no insultar a las creencias o al trabajo de los demás, para que no me acusen de esterilidad o de vagancia, me dediqué a la Perplejidad hasta hacer de ella mi forma de piedad.

*

La propensión al suicidio es propia de los asesinos temerosos, respetuosos de las leyes; al tener miedo de matar, sueñan con aniquilarse, seguros como están de su impunidad.

*

«Cuando me afeito», me decía un medio loco, «¿quién, si no Dios, impide que me corte la garganta?». —La fe no sería, a fin de cuentas, más que una artimaña del instinto de conservación. Biología por todas partes...

*

Nos empeñamos en abolir la realidad por *miedo de sufrir*. Coronados nuestros esfuerzos, es la propia abolición la que se revela como fuente de sufrimiento.

*

Quien no vea la muerte de color rosa padece daltonismo del corazón.

*

Por no haber sabido ensalzar el aborto o legalizar el canibalismo, las sociedades modernas deberán resolver sus problemas mediante procedimientos mucho más expeditivos.

*

El último recurso de aquellos a quienes el destino ha maltratado es la *idea* de destino.

*

¡Cuánto me gustaría ser una planta, aunque tuviera que velar a un excremento!

*

Esa muchedumbre de antepasados que se lamenta en mi sangre... Por respeto a sus derrotas me rebajo al suspiro.

*

Todo se vuelve contra nuestras ideas, comenzando por nuestro cerebro.

*

Es imposible saber si el hombre se servirá aún durante mucho tiempo de la palabra o si recobrará poco a poco el *uso* del aullido.

*

París, el punto más alejado del Paraíso, es sin embargo el único lugar donde aún resulta agradable la desesperación.

*

Hay almas que ni siquiera Dios podría salvar, aunque se pusiera de rodillas a rezar por ellas.

*

Un enfermo me decía: «¿Para qué sufro yo mis dolores si no soy poeta para vanagloriarme o servirme de ellos?».

*

Cuando, eliminados los motivos de rebelión, ya no sabemos contra qué sublevarnos, nos embarga un vértigo tal que daríamos la vida a cambio de un prejuicio.

*

En la palidez, nuestra sangre se retira para no interponerse más entre nosotros y no se sabe qué...

*

A cada uno su locura: la mía fue la de creerme normal, peligrosamente normal. Y como me parecía que los demás estaban locos, acabé teniendo miedo, miedo de ellos y, lo que es peor, miedo de mí mismo.

*

Tras ciertos accesos de eternidad y de fiebre, nos preguntamos por qué razón no nos hemos dignado ser Dios.

*

Los meditativos y los carnales: Pascal y Tolstói. Interesarse por la muerte o aborrecerla, descubrirla mediante el espíritu o la fisiología. —Con instintos minados, Pascal superó sus alarmas, mientras que Tolstói, furioso de tener que perecer, nos recuerda a un elefante despavorido, a una jungla devastada. No se puede meditar en los *ecuadores de la sangre*.

*

Quien, por una serie de despistes, haya olvidado matarse, se hace a sí mismo el efecto de un veterano del dolor, de un jubilado del suicidio.

*

Cuanto mayor es mi intimidad con los crepúsculos, más me convengo de que los únicos que han comprendido algo de nuestra horda son los humoristas, los charlatanes y los locos.

*

Atenuar nuestras angustias, convertirlas en *dudas* —estratagema que nos inspira la cobardía, ese escepticismo para uso de todos.

*

Acceso involuntario a nosotros mismos, la enfermedad nos obliga a la «profundidad», nos condena a ella. —¿El enfermo? Un metafísico involuntario.

*

Tras haber buscado en vano un país adoptivo, volverse hacia la muerte para instalarse en ella como *ciudadano* de un nuevo exilio.

*

Todo ser que se *manifiesta* renueva a su manera el pecado original.

*

Replegado sobre el drama de las glándulas, atento a las confidencias de las mucosas, el Asco nos convierte en fisiólogos.

*

Si la sangre no tuviera un gusto insípido, el asceta se definiría por su rechazo del vampirismo.

*

Un espermatozoide es un bandido en estado puro.

*

Coleccionar fatalidades, debatirse entre el catecismo y la orgía, descansar apaciblemente en lo frenético, y, nómada atontado, amoldarse a Dios, ese Apátrida...

*

Quien no haya conocido la humillación ignora lo que es llegar al último estadio de uno mismo.

*

He adquirido mis dudas penosamente; mis decepciones, como si *me esperasen* desde siempre, han llegado solas —iluminaciones primordiales.

*

Sobre un planeta que compone su epitafio, tengamos la suficiente dignidad para comportarnos como cadáveres amables.

*

Queramos o no, somos todos psicoanalistas, aficionados a los misterios del corazón y del calzoncillo, buzos del horror. ¡Ay del espíritu de abismos claros!

*

En pleno hastío, nos deslizamos hacia el punto más bajo del alma y del espacio, hacia las antípodas del éxtasis, hacia las raíces del Vacío.

*

Cuanto más nos tratamos con la gente, más se oscurecen nuestros pensamientos; y cuando, para aclararlos, volvemos a nuestra soledad, encontramos en ella la sombra que ellos han proyectado.

*

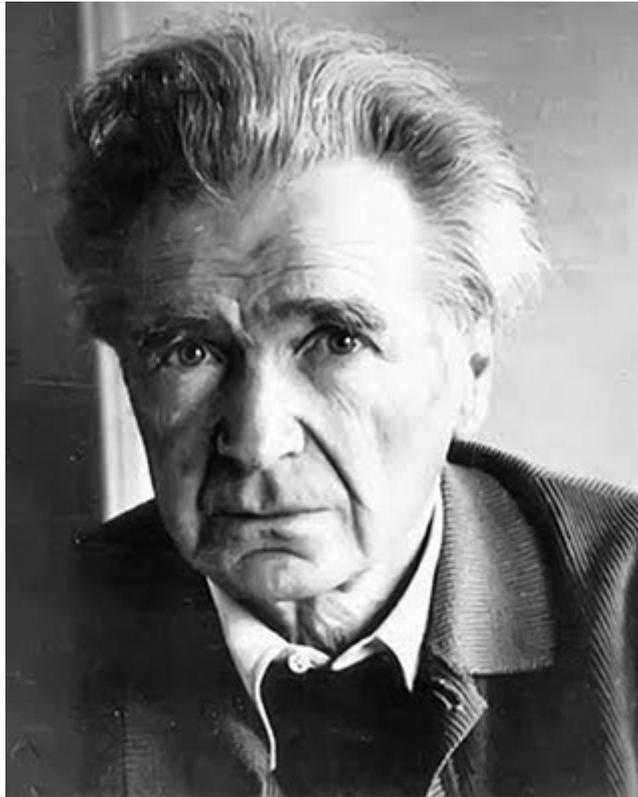
El Desengaño debe remontarse a las eras geológicas: quizás los dinosaurios sucumbieron a él...

*

Apenas adolescente, la perspectiva de la muerte me horrorizaba; para huir de ella corría al burdel o invocaba a los ángeles. Pero con la edad nos acostumbramos a nuestros propios terrores, no hacemos nada por quitárnoslos de encima, nos aburguesamos en el Abismo. —Y si hubo un tiempo en que envidiaba a esos monjes de Egipto que cavaban sus tumbas para llorar sobre ellas, si cavara ahora yo la mía,

sería para no arrojar más que colillas.

París, 1952



E. M. CIORAN (Rășinari, Rumanía, 8 de abril de 1911 - París, 20 de junio de 1995). Su nombre auténtico era Emil Cioran, fue un filósofo y escritor de nacionalidad francesa. Nació en un pequeño pueblo rumano llamado Rasinari, donde permaneció hasta 1921. Desde entonces se dedicó a leer todo lo que llegaba a sus manos, autores como Dostoyevski, Flaubert, Pascal, Schopenhauer y, por supuesto, Nietzsche. Estudió filosofía en la Universidad de Bucarest, donde comenzaron sus terribles episodios de insomnio. A partir de esta experiencia demoledora creó *En las cimas de la desesperación*, su furioso primer libro, que escribió inicialmente como una especie de testamento ante su plan de suicidarse antes de cumplir 22 años. Sin embargo, escribir fue para Cioran una experiencia revitalizante y liberadora. Transcurridos los años entre los estudios académicos y la creación de diferentes libros, decidió irse definitivamente a Francia.

Cioran era un hombre cuyo editor destruyó la edición completa de *Silogismos de la amargura* «porque no se vendían»; que vio dormirse ante sus incrédulos ojos al primer hombre al que leyó la primera página de *Breviario de podredumbre*, libro que reescribió al menos cuatro veces hasta terminarlo a su entera satisfacción; que vivió la mayor parte de su vida en hoteles; que jamás tuvo ordenador; que nunca se casó; que nunca trabajó —con la excepción de aquel incómodo año universitario—; que calificó a Jean Paul Sartre como «un hombrecillo de vida e ideas patéticas»; que jamás profesó religión alguna y que se resistió a recibir premios por su reticencia a «aceptar dinero en público».

En los últimos años algunos de sus libros han vendido más de un millón de

ejemplares en el idioma inglés, de lo cual él se habría reído dubitativamente y habría vuelto a decir: «Todo éxito es un malentendido».

E. M. Cioran murió el 20 de junio de 1995, víctima del mal de Alzheimer.

Entre su bibliografía destacan los siguientes títulos: *En las cimas de la desesperación* (1934), *De lágrimas y de santos* (1937), *Breviario de podredumbre* (1949), *Silogismos de la amargura* (1952), *Del inconveniente de haber nacido* (1973), *Conversaciones* (1995).